

19 Padres dan vida a hijos
y 2 de aureas de dores - Dones

III. LAS RELACIONES ENTRE PADRES E HIJOS

I. LOS PADRES DAN LA VIDA A LOS HIJOS

En un primer lugar es propio de los órdenes del amor entre padres e hijos que los padres den y los hijos tomen. En este caso, sin embargo, no se trata de un dar y tomar cualquiera, sino de dar y tomar la vida. Los padres, al darles la vida a sus hijos, no les dan algo que les pertenezca. Les dan aquello que ellos mismos son, sin poder añadir, ni suprimir o guardar nada para ellos mismos. Junto con la vida, se dan ellos mismos, tal como son, sin añadir ni restar nada. En consecuencia, los hijos, al recibir la vida de los padres, sólo pueden tomar a los padres tal como son, y no pueden ni añadir, ni suprimir, ni rechazar nada. Por lo tanto, tiene otra cualidad totalmente diferente de si yo le regalo algo a una persona, ya que los hijos no sólo «tienen» a sus padres, sino que «son» sus padres. Significa que el amor prospera si los hijos gustosamente afirman que ellos tienen la vida bajo las condiciones con las que les fue dada. Los padres dan a los hijos aquello que ellos mismos anteriormente tomaron de sus propios padres, y también aquello que, como pareja, tomaron el uno del otro. Además de dar la vida, los padres también cuidan a sus hijos. Por esta razón, se desarrolla entre padres e hijos un inmenso desnivel de dar y tomar que los hijos, por mucho que lo deseen, no logran equilibrar nunca.

Un pequeño ejemplo:

Una vez, en un curso participó un empresario al que su madre había abandonado porque ella llevaba una vida ligera. Se había criado con unos padres tutelares, y no había conocido a su madre hasta sus veinte años. En ese momento era un hombre de unos cuarenta años, y tan sólo había visto a su madre unas tres o cuatro veces en su vida. Entonces se acordó de que ella vivía por allí cerca. Por la tarde fue a verla, y cuando volvió a la mañana siguiente, contó que sólo había entrado en su casa para decirle a su madre: —Estoy contento de que me hayas traído al mundo.— Y la anciana quedó feliz.

2. HONRAR A LOS DADORES Y A LOS DONES

En un segundo lugar, es propio de los órdenes del amor entre padres e hijos, y del amor entre hermanos, que todo el que tome honre al don recibido y al dador del que lo tomó.

Nuestros padres nos dan la vida y son los únicos capaces de hacerlo; otras personas pueden darnos lo que necesitamos aparte de esto. Algo bello ocurre cuando una persona mira a sus padres reconociendo, en ellos, la fuente de la vida. Todo el que ama y honra la vida, implícitamente ama y honra a los dadores de la vida. Todo el que menosprecia e infravalora la vida, quien no la respeta, a la vez desprecia también a los dadores de esta vida. La persona que toma y valora tanto el don como el dador, acerca el don recibido a la luz hasta que brille, y aunque también de sus manos sigue fluyendo hacia abajo, su resplandor recae sobre el dador.

3. LA JERARQUÍA EN LA FAMILIA

Como tercera propiedad de los órdenes del amor en la familia existe una jerarquía entre sus miembros, determinada por los siguientes criterios: tiempo, peso y función. Siempre que esta jerarquía sea respetada por todos los miembros de la familia, el amor podrá fluir libremente.

En lo que al tiempo se refiere, los padres tienen prioridad respecto a los hijos, y el primer hijo la tiene respecto al segundo, es decir, al igual que el dar y el tomar, la jerarquía pasa de arriba abajo, siguiendo los conceptos de anterioridad y posterioridad.

Este orden también es válido para el dar y tomar entre hermanos. El que estaba primero tiene que dar al posterior, y el que llega después tiene que tomar del anterior. Todo el que da, ha tomado anteriormente, y todo el que toma, también tiene que dar posteriormente. Así pues, el primer hijo da al segundo y al tercero, el segundo toma del primero y da al tercero, y el tercero toma del primero y del segundo. El hijo mayor da más, y el menor toma más. A cambio, el menor muchas veces cuida a los padres cuando éstos llegan a la vejez.

El curso del dar y del tomar, que pasa de arriba hacia abajo, y el curso del tiempo, que pasa de antes a después, no pueden ni pararse ni

tiempo - Padres - 1º hijo - anterior - posterior - 2º hijo - 3º hijo
antes de dar y después de tomar

ser variados en su rumbo, ni pueden volverse de abajo hacia arriba, o de lo posterior a lo anterior. Por eso, los hijos siempre se encuentran debajo de los padres, y por eso el posterior siempre viene después del anterior. El dar y el tomar, al igual que el tiempo, siempre fluyen hacia adelante, pero nunca hacia atrás.

Konrad Ferdinand Meyer describe este movimiento en un poema:

LA FUENTE ROMANA
Un surtidor se alza
para colmar, cayendo,
el mármol de la concha
que, a su vez, se vela,
rebosa, e inunda
el seno de otra cavidad.
De tanta riqueza entrega
a la tercera su caudal;
y cada una toma
y da al mismo tiempo,
y fluye y descansa.

En lo que a nuevos sistemas relacionales se refiere, éstos tienen prioridad sobre sistemas más antiguos, es decir, en este caso ocurre al revés de la dinámica de precedencia en el seno de un mismo sistema, donde los miembros mayores tienen prioridad sobre los que vienen después. La relación de pareja cobra prioridad sobre las relaciones con las respectivas familias de origen, y un segundo matrimonio tiene precedencia respecto al primero. Las relaciones sufren si no se respeta este principio, si los padres siguen teniendo más importancia que el cónyuge y los hijos, o si una primera pareja se considera más importante que la nueva.

Entre los padres aún hay una jerarquía particular, independiente de la pertenencia. Dado que los padres comienzan su relación al mismo tiempo, siempre se encuentran a un mismo nivel respecto al orden original. Su jerarquía resulta de su función, por ejemplo, de quién es el responsable de la seguridad de la familia.

En lo referente al peso, la relación entre el padre y la madre es la más importante en una familia, después vienen las relaciones entre pa-

jerarquía - función - responsabilidad
Se equivocaría

dres e hijos, las relaciones con los demás miembros de la red familiar y, finalmente, las relaciones con otros grupos libremente elegidos. Algunos individuos que llevan una suerte extraordinariamente dura, sin embargo, pueden tener el suficiente peso sistémico para que la secuencia normal conforme al tiempo tenga que ajustarse.

4. TRASTORNOS EN EL ORDEN ENTRE PADRES E HIJOS

A. LA INVERSIÓN DEL ORDEN DE TOMAR Y DAR

El orden de dar y tomar en la familia se invierte cuando un miembro posterior, en vez de tomar del anterior y honrarlo por ello, pretende darle al anterior como si fuera igual o, incluso, superior a él. En tales casos, por regla general, los padres no tomaron lo suficiente de sus propios padres, o no dieron ni tomaron bastante en su relación de pareja. A continuación, frecuentemente pretenden que sus hijos cubran sus necesidades emocionales, y los hijos se sienten responsables de cumplir lo que de ellos se espera. Así, el dar y el tomar, en vez de ir de arriba hacia abajo, tendrían que fluir de abajo hacia arriba, contra la fuerza de gravedad. Pero al igual que un río que pretende ir cuesta arriba en vez de cuesta abajo, no llega adonde querría y tendría que llegar.

En cuanto se da una desviación así, en cuanto los padres pretenden tomar y los hijos dan o tienen que dar, existe una falsificación del orden.

Un ejemplo:

En un curso había un matrimonio que, hacía medio año, se había separado por un tiempo, y ahora habían vuelto a vivir juntos. Habían adoptado a una niña y después tuvieron dos hijos propios, una niña y un niño. El hijo pequeño de seis años era considerado un niño muy difícil. Bajo la dirección de Jirina Prekop, una terapeuta que trabaja con terapia de sujeción, el padre sujetaba al niño. Era un proceso bastante largo y bastante dramático. Una de las instrucciones fue que el padre le dijera al niño cómo se sentía. El hombre empezó a hablar como si él mismo fuera un niño y el hijo tuviera que dirigirse a él como un padre. La situación estaba totalmente invertida y no había solución.

Al cabo de un tiempo me senté detrás del padre y le dije:

—Ahora yo soy tu padre, apóyate en mí y dirígete a tu hijo como padre.

Lo hizo, y rápidamente se llegó a una solución. Al final, padre e hijo acabaron sentados juntos, cogidos de la mano, y enfrente de ellos estaban la mujer y las hijas. Los hombres estaban juntos y las mujeres también — una bella imagen. Al día siguiente, el hombre estaba echado de espaldas en el suelo, jugando con el hijo pequeño que subía y bajaba y corría alrededor de él. De repente, el niño se puso furioso y salió de la puerta corriendo. Yo les había escuchado y me había dado cuenta de que el niño se había enfurecido en el momento en que el padre otra vez le habló como si él mismo fuera un niño, y como si el hijo tuviera que darle algo como un padre. En ese momento, el orden estaba de nuevo trastornado.

Si los padres necesitan algo, se dirigen a su pareja o a sus padres. Si los padres se dirigen a los hijos con exigencias que no corresponden a la relación (por ejemplo, que los hijos consuelen a los padres), esto significa una inversión, una perversión de la relación, una parentificación. Los hijos, sin embargo, no son capaces de defenderse. Son involucrados y llevados a una arrogación por la que, posteriormente, ellos mismos se castigan. Más adelante, sin embargo, cuando el hijo llega al pleno conocimiento de la situación, es posible rectificarla. ¡Es lo que luego se llama una terapia!

Pregunta: ¿Podrías volver a explicar el concepto de parentificación?

Bert Hellinger: Sí, se trata de hijos que por el bien de sus padres adoptan el papel de los padres de los padres.

Pregunta: Es decir, ¿si una hija tiene que hacer de madre para su propia madre o para su padre?

Bert Hellinger: Lo dije de una manera más exacta: «Si adoptan el papel». Esto es más complejo. Si una madre, por ejemplo, rechaza a su propia madre, frecuentemente uno de los hijos se verá metido en el papel de la madre de la madre. Eso es parentificación. Los sentimientos que uno de los padres tuvo hacia sus propios padres, posteriormente reaparecen con un hijo, y éste no puede ser hijo, sino que se ve llevado

a adoptar el papel de uno de los padres. Por lo tanto, tienes que verlo en el contexto más amplio del sistema familiar entero.

La cuestión es: ¿Se sienten responsables los hijos del estado emocional de sus padres? ¿Intentan darles lo que unos padres o una pareja pueden dar, pero no un hijo? ¿Sienten o piensan, por ejemplo: «Si yo hago esto, mi madre se pondrá enferma», o, «Si no hago esto, mi padre nos dejará»?

En las constelaciones, la parentificación se percibe inmediatamente. Muchas veces hay un hijo que se pone inquieto en la constelación; en un caso así, pregunto a los padres por sus propios padres, para añadir luego al padre o a la madre que faltan o son rechazados. Entonces el hijo se tranquiliza inmediatamente. Es un indicio de que este hijo estaba parentificado.

B. EL RECHAZO DE UNO DE LOS PADRES

En un seminario, un participante aporta un caso para la revisión.

Arndt: Tengo una pregunta respecto al reconocimiento del padre por parte de los hijos. Desde hace años, por mi profesión me ocupo intensamente de una familia. Los padres actualmente están en vías de divorcio, y los hijos, con un odio increíble, rechazan al padre, que acaba de marcharse de casa. La razón es que el padre pegaba una y otra vez a la madre delante de los hijos y aterrorizaba a la familia. Además, los hijos saben ahora que el padre cometió pederastia con escolares. Ahora ya no quieren saber nada de él, aunque se esfuerza mucho por estar por ellos, les escribe y les manda regalos. Ellos, sin embargo, rompen los álbumes de fotos y eliminan al padre.

Bert Hellinger: ¿Qué edad tienen los hijos?

Arndt: Tienen entre diez y dieciocho años, y aún viven con la madre. Odian al padre y dicen abiertamente que no quieren volver a verlo nunca más.

Bert Hellinger: Bueno, el primer punto es: los hijos expresan el odio de la madre. Una intervención estratégica sería que dijeras a los hijos que ellos comenten a la madre: «Aquello del odio contra el padre ya lo arreglaremos nosotros por ti», sin dar más explicaciones. Sería un primer paso para que todos empiecen a pensar.

Te cuento una historia que podría servirles de aviso:

Junto con mi mujer, y por invitación del médico adjunto de un departamento de psicopatología en Heidelberg, una vez ofrecí unas sesiones de terapia primaria para pacientes psicopatológicos. Durante quince días se realizaba una sesión primaria al día. Por las mañanas, siempre tenían otro programa. El primer día, mi mujer fue a una de esas pacientes, gravemente depresiva. Trabajó con ella, y al final esa mujer le gritó a su padre con toda su fuerza:

—¡Ojalá hubieras reventado en la guerra!—, y todo eso con una cólera absolutamente fría.

Al día siguiente trabajé yo con ella. Le pregunté qué había pasado con su padre. Había recibido un tiro en la cabeza. Después de volver a casa, a veces cogía un ataque, y la madre y las dos hijas sufrían por esa situación.

Al día siguiente le pregunté si tenía hijos. Me dijo que tenía dos hijos varones.

Le dije: —Uno de tus hijos imitará a tu padre.

Ella me miró, pero no dijo nada. Después le pregunté cómo iba su matrimonio.

Me dijo que iba mal, pero que su marido la mantenía económicamente, por lo que se quedaba con él. Sin embargo, no quería a su marido.

Unos días más tarde se encontraba muy deprimida y agitada, y le pregunté qué pasaba. Me dijo que había recibido una carta de una residencia de menores con trastornos de comportamiento, en la que se encontraba su hijo menor. Acababa de hacer una gamberrada. Luego dijo: —¡Pero si lo quiero tanto!

Le dije: —De acuerdo. Ponte cara hacia la pared, mira a tu hijo y dile: «¡Pero si te quiero tanto!».

Lo dijo, pero sonaba totalmente falso.

Le dije: —sto no es auténtico, no puedo ni oírlo.

Entonces se puso furiosa conmigo.

Al día siguiente fui otra vez a verla. Se extrañó de que fuera. Le pedí que se pusiera de nuevo cara hacia la pared, se imaginara a su hijo y le dijera: «Rechazo a tu padre, pero a ti te quiero.» Lo dijo y le pregunté: —Cómo reaccionaría tu hijo si oyera esto?

Ella dijo que no lo sabía.

Entonces yo: —¿Tendría realmente el derecho de reaccionar? ¿Podría permitírsele?

Respondió: —No.

Yo: — Por eso se está volviendo loco.

En la misma habitación había un hombre al que su madre había abandonado en el hospital y se había largado. El hijo había estado en diferentes familias de acogida, y su dolor era auténtico.

Le dije a la mujer: —Mira, éste sí que las ha pasado mal, pero nunca se volverá loco, porque sabe a qué atenerse.

Esta historia de aviso, Arndt, se la podrías contar a la familia, para que se den cuenta de la dinámica. La cólera de los hijos tiene consecuencias pésimas. ¿Cómo se trata un caso así?

En primer lugar hay que ver que el ser y el hacerse padres no tienen nada que ver con moral. Él no es padre de los hijos por ser bueno o malo, sino que el convertirse en padre o madre es un proceso que está más allá de cualquier diferenciación moral. Este proceso no obtiene su dignidad de una cualidad moral.

Un ejemplo:

Una vez vino un médico cuyo padre había sido médico de la SS durante el Tercer Reich, participando en muchos experimentos en los campos de concentración. Después de la guerra fue condenado a muerte, pero de alguna manera quedó libre. La pregunta del hijo fue la siguiente: ¿Qué debo hacer con mi padre?

Le dije: —Cuando tu padre te engendró, no actuó como hombre de la SS. Eso no tiene nada que ver. Es posible separar las dos cosas, y hay que separarlas.

Un hijo puede reconocer a su padre como tal sin hacerse responsable de sus actos, y sin tener que llevar las consecuencias o tener que rechazarlo como padre por lo que hizo. No tiene que aprobarlo. Tiene la posibilidad de decir: «Es terrible, yo no tengo nada que ver con esto, pero tu eres mi padre, y como tal te respeto. Estoy contento de que me dieras la vida.» ¿Qué más puede hacer un hijo?

Esta diferencia es importante: Lo ocurrido sí que hace necesaria una separación del padre. Pero no es necesario que se realice con odio, ya que el odio crea ataduras. Los hijos pueden decir: «Es terrible, pero te respetamos como padre.»

Otra cosa más respecto a la familia que mencionaste, Arndt. El odio que los hijos muestran hacia su padre, es el odio de la madre. Este

hecho, sin embargo, no les ahorra las consecuencias. Es de suma importancia. Todo lo que uno haga, independientemente de encontrarse implicado o no, tiene las mismas consecuencias para él y quizás también para sus hijos. Aquí no les valen las excusas, y no pueden pensar que, por encontrarse implicados, las consecuencias cambiarían. Este odio aún tiene otra consecuencia más. Si bien los hijos ahora tienen los sentimientos de la madre, más adelante imitarán el comportamiento del padre. Se harán como él. La única solución sería que la madre dijera: «Me casé con vuestro padre porque lo amaba, y si vosotros llegáis a ser como vuestro padre, yo estaré de acuerdo.» Entonces los hijos quedarían libres. (A Arndt) Pero a esto no te atreverás.

Arndt: Es cierto.

Bert Hellinger: Sería una intervención estratégica de gran envergadura. Pero para esto tendrías que estar convencido tú mismo.

Arndt: En este caso, lo trágico es además que serán los tribunales quienes decidirán si entre hijos y padre podrá haber algún contacto o no, ya que la madre intenta impugnar el derecho de visita.

Bert Hellinger: Yo también sería de la opinión de que no debería haber más contacto. Le diría al padre que ahora lo más propicio sería renunciar. Así, él lleva las consecuencias de su comportamiento, y eso les da a los hijos la posibilidad de guardarle el respeto. Los tribunales no deciden por criterios psicológicos, sino por los puramente jurídicos, y al final muchas veces sale lo mismo. Yo no crearía ninguna contradicción aquí.

(a Arndt, en otra ronda posterior):

Aún quería decirte otra cosa más respecto a la familia que presentaste. Tienes que partir del hecho de que en la mujer se desarrolla la dinámica de la doble transferencia (v. p. 174), y que el odio ha sido adoptado de su sistema. Si ella se encuentra en este tipo de implicación, es difícil encontrar un contacto directo con ella. En un caso así, tan sólo queda la posibilidad de mirar y buscar, a ver qué pasó en su sistema de origen. Eso podría ser una ayuda.

C. SI UN HIJO SE CONVIERTE EN CONFIDENTE

Cuando en un seminario se habló del tema de valorar a los padres, uno de los participantes hizo la siguiente observación:

Ludwig: Una vez, mi madre me dijo que se quedó con mi padre por mí, y creo que nunca lo valoré lo suficiente.

Bert Hellinger: Tampoco debes hacerlo, al menos no en este sentido. Si tu madre dice que se quedó con tu padre por ti, es falso. No es correcto. Ella se quedó con tu padre porque reconoció las consecuencias de sus actos. Es algo totalmente diferente. Tú no eres ninguna parte contratante; por lo tanto, puedes valorar el hecho de que ella aceptara las consecuencias de sus actos, pero no el que lo hiciera por ti. Si no, lo falsificas. Esta distinción significa valorar a la madre. De la otra manera, te das demasiada importancia a ti mismo. Porque en vez de crear una íntima confianza entre ella y tu padre, la crea contigo.

En caso de un matrimonio «forzoso» (por un embarazo no deseado) ocurre lo mismo. Los padres no se casan por el hijo, sino porque reconocen las consecuencias de sus actos. El hijo no tiene parte en el contrato entre los padres; sin embargo, suele sentirse culpable con mucha facilidad, sobre todo si el matrimonio no llega a ser feliz. Sin embargo, es absolutamente inocente y no tiene que aceptar ninguna responsabilidad. A pesar de todo, lo hace y, en consecuencia, se siente demasiado importante.

(a Ludwig): ¿Cómo fue el matrimonio de tus padres?

Ludwig: En parte, muy entrañable, muchas veces vi a mi madre sentada en el regazo de mi padre. A nivel sexual, sin embargo, parece haber sido difícil entre ellos. En algún momento ella empezó a rechazarlo, y más tarde se quejaba conmigo de que mi padre ya no quería saber nada.

Bert Hellinger: Quisiera decirte algo sobre el ser utilizado como confidente, y sobre los hijos como confidentes del padre o de la madre. Aquello que pasó entre tus padres no te interesa para nada. La medida terapéutica es que lo olvides por completo, de modo que tu alma quede otra vez limpia.

Ludwig (asiente en seguida): Sí.

Bert Hellinger: Vas demasiado rápido; esto sustituye la realización.

(Al grupo): ¿Más preguntas sobre este tema?

Alfred: ¿A todas las edades es así?

Bert Hellinger: Sí, a todas las edades es peligroso, por ejemplo si una madre le cuenta a su hija adolescente lo que pasa en la cama con el

padre. Aún peor es que se lo cuente al hijo. Esto no les interesa en absoluto a los hijos. Los hijos no deben ser involucrados en los asuntos que únicamente atañen a los padres. Ellos no saben defenderse, pero más adelante pueden olvidarlo. Así no les hará daño. Si uno se alía con la buena instancia interior, esta procura que se olvide realmente.

Albert: Tuve un caso en el que el padre traía su amiga a casa, y la madre era demasiado débil para pararlo. En un caso así, ¿es lícito que los hijos actúen y le digan al padre que deje a las mujeres fuera?

Bert Hellinger: No. Tienen que partir de la idea de que la madre está de acuerdo. Los hijos, sin embargo, pueden salir de casa cuanto antes, eso sería conveniente.

Ernst: Mi primera mujer una y otra vez me descalifica ante mis hijas. Está claro que no puedo hacer nada respecto a mi primera mujer, ¿pero puedo hacer algo con mis hijas?

Bert Hellinger: Nada, en absoluto. Pero quizás alguna vez podrías contarles una historia sobre una persona que olvida algo. Naturalmente, éstas son heridas muy graves cuando uno de los cónyuges habla sobre el otro, con los hijos o fuera. Éste es el punto más vulnerable de cada persona, y si en una pareja no se respeta, la relación se acaba.

Edda: Quería preguntar otra vez: ¿qué pasa, si mi madre me cuenta detalles íntimos de su relación con su primer marido?

Bert Hellinger: Es exactamente lo mismo. Puedes decirle: «Para mí, el único competente es Papá, y lo que hubo entre tú y tu primer marido no lo quiero saber.»

Lars: ¿Qué pasa si en una nueva relación se cuentan cosas de la anterior?

Bert Hellinger: No, eso no debe hacerse. Hay que guardarlas de la misma manera, como un secreto, si no, se destruiría también la confianza en la segunda relación.

(En una ronda posterior)

Brigitte: Si los padres, al lado de su matrimonio, mantienen otras relaciones, ¿tampoco les interesa a los hijos?

Bert Hellinger: No, tampoco les interesa a los hijos.

Brigitte: ¿Y si de ahí nacen hermanastros?

Bert Hellinger: Entonces sí les interesa.

Albert: A veces hay padres que enseñan a sus hijos las cartas de amor de la madre o del padre.

Bert Hellinger: Yo no las leería. Es parte del respeto. Los secretos están para guardarlos, y no para descubrirlos.

5. TOMAR AL PADRE Y A LA MADRE

Frecuentemente se encuentra la actitud de que los padres primero tienen que merecerse el ser tomados y reconocidos por los hijos. Son citados como ante un tribunal, donde el hijo mira a los padres y les dice: «Esto no me gusta en ti; por lo tanto, tampoco eres mi padre.» O también: «No te mereces ser mi madre.»

Fundamentan, por lo tanto, este negarse a aceptarlos reprochándoles que aquello que recibieron no fue lo adecuado o demasiado poco.

Justifican el no tomar con defectos del dador, y hacen depender el derecho de ser padres de determinadas cualidades de los mismos, es decir, sustituyen el tomar por el exigir y el respeto por el reproche.

Esto mismo aún se fomenta por psicoterapias, como por ejemplo la de Alice Miller. Es absurdo y un trastorno total de la realidad.

El resultado siempre es el mismo: los hijos permanecen inactivos y se sienten vacíos.

De Aristóteles se relata que, al cabo de pocos días, envió a casa a un alumno nuevo, diciendo: – No puedo transmitirle nada, no me quiere.

Cuando alguien tiene un padre, lo tiene tal como es, y tal como es también es el único verdadero. Y cuando tiene una madre, ésta es como es, y de esta manera es la única verdadera. No tiene por qué ser distinta. Porque, como ya dijimos, uno se hace padre o madre no por cualidades morales, sino realizando un acto, y éste está determinado de antemano. El que se expone a esta realización, se ve integrado en un orden superior, al que sirve independientemente de sus cualidades morales. Los padres se merecen el reconocimiento como tales por la realización de este acto, y sólo por esta realización. Aquello que los padres hacen en un principio cuenta más que lo que hacen más tarde. Lo esencial que viene de los padres, viene a través del engendramiento y del parto. Todo lo que sigue después es añadido y puede ser asumido por otra persona.

*Tomar es un acto
Respeto es un acto*

Un hijo sólo puede estar en paz consigo mismo y encontrar su identidad, si está en paz con sus padres. Significa que los toma tal como son, y los reconoce tal como son. Si uno de los padres queda excluido, el hijo sólo está a medias y se encuentra vacío. Nota la falta, lo cual es la base de la depresión. La curación de la depresión consiste en integrar al padre o a la madre excluidos, y concederles su lugar y su dignidad. Muchas veces, cuando se lleva a una persona a tomar a uno de los padres, siente el miedo de llegar a ser como este padre o esta madre, de que pueda adoptar ciertas características que les atribuye. Este miedo es una deshonra que carga sobre sus padres. Los hijos, aunque hayan sido heridos por sus padres, siempre tienen la posibilidad de decir: «Sí, vosotros sois mis padres, y yo soy como vosotros. Todo lo que estaba en vosotros también está en mí. Estoy de acuerdo con que seáis mis padres, con todas las consecuencias que esto tenga para mí. Tomo lo bueno de lo que me disteis y confío en que vosotros llevaréis vuestra suerte de la mejor manera.»

El tomar al padre y a la madre es un proceso independiente de las cualidades que puedan tener, y es un proceso curativo. No puede ser que se distinga: esto sí quiero tomarlo y esto no lo tomo. A los padres se les toma tal como son. Muchas veces llamamos bueno aquello que nos es cómodo, y malo aquello que nos resulta incómodo. Ésta, sin embargo, es una distinción barata.

A veces, Bert Hellinger hace un ejercicio en el que una persona revive su nacimiento. Recibe a esta persona abrazándola, y cuando el otro se siente aceptado del todo, le recita la Oración de la Mañana para que la repita. Esto es el asentimiento a sus padres y a su vida. Es entonces cuando desarrolla toda su profunda fuerza.

ORACIÓN AL AMANECER DE LA VIDA

Querida Mamá / querida Mami

La tomo de ti, toda, entera,

con lo bueno y lo malo,

y la tomo al precio entero que a ti te costó

y que a mí me cuesta.

La aprovecharé, para alegría tuya

(y en tu memoria).
No habrá sido en vano.
La sujeto firmemente y le doy la honra,
y si puedo, la pasaré, como tú lo hiciste.
Te tomo como mi madre,
y tú puedes tenerme como tu hijo / tu hija.
Tú eres la Verdadera para mí, y yo soy tu verdadero hijo /
verdadera hija.
Tú eres la grande, yo el pequeño / la pequeña.
Tú das, yo tomo.
Querida Mamá:
Me alegro de que hayas elegido a Papá.
Vosotros dos sois los únicos para mí. — ¡Sólo vosotros!

Querido Papá / querido Papi
La tomo de ti, toda, entera,
con lo bueno y lo malo,
y la tomo al precio entero que a ti te costó
y que a mí me cuesta.
La aprovecharé, para alegría tuya
(y en tu memoria).
No habrá sido en vano.
La sujeto firmemente y le doy la honra,
y si puedo, la pasaré, como lo hiciste tú.
Te tomo como mi padre,
y tú puedes tenerme como tu hijo / tu hija.
Tú eres el Verdadero para mí, y yo soy tu verdadero hijo /
verdadera hija.
Tu eres la grande, yo el pequeño / la pequeña.
Tú das, yo tomo.
Querido Papá:
Me alegro de que hayas elegido a Mamá.
Vosotros dos sois los únicos para mí. — ¡Sólo vosotros!

Inclinarse y volver a enderezarse

El ritual de inclinarse ante una persona determinada, rindiéndole homenaje o reverencia, restablece el equilibrio y el orden. En nuestra

cultura, este movimiento resulta difícil para muchas personas; el inclinarse, como un acto de respeto, fácilmente se confunde con el inclinarse como expresión de una sumisión poco sana. Al inclinarnos y rendir homenaje a alguien que merece nuestro gesto de reverencia, el alma y el cuerpo responden con una sensación de alivio y de levedad.

Si nos negamos a rendir homenaje a alguien que tiene un derecho legítimo a recibirlo, el cuerpo y el alma responden crispados, con una sensación de esfuerzo y de pesadumbre. Las razones para este rechazo no tienen ninguna importancia.

Cuando las familias no siguen a los órdenes del amor, los hijos tienen que aprender a ignorar su propia alma y ya no pueden distinguir lo que es verdadero y apropiado para ellos. En tales casos, posiblemente se nieguen a inclinarse ante las personas con las que correspondería, y frecuentemente se obstinan en honrar a otras personas, impropias.

Al igual que el movimiento hacia la madre o el padre, el inclinarse es un movimiento tanto del cuerpo como del alma. Donde más fácilmente puede llevarse a cabo es en una constelación en la que el sistema familiar entero está representado. La integridad del sistema familiar justifica este acto. El movimiento de inclinarse no se completa hasta que la persona no se enderece nuevamente y siga su camino. La inclinación auténtica permite que el amor fluya libremente.

Un ejemplo:

En un curso, una mujer refirió su relación difícil con su padre. Contó muchas cosas horribles que éste le había hecho a ella y a su madre. Cuando la cliente iba a configurar la constelación de su familia, el terapeuta la preguntó si alguien en la familia del padre había muerto tempranamente.

Ella respondió: — Sí. Tuvo siete hermanos y una hermana, que murieron en la guerra. Sus padres también fueron asesinados. Él fue el único miembro de la familia que sobrevivió.

Al introducir en la constelación los representantes de los fallecidos, colocándolos en un semicírculo detrás del representante de su padre, el peso de su suerte se hizo visible para todos. La mujer espontáneamente rompió a llorar llena de aflicción. Cubrió su cara con sus manos y bajó la cabeza hasta el pecho. Cuando su profundo sollozo empezó a

calmarse, el terapeuta dirigió la atención de la cliente al movimiento espontáneo de su cabeza y le sugirió que lo llevara a término.

Ella dirigió su atención a su interior, intentando percibir el rumbo que el movimiento quería tomar. Se hincó de rodillas, bajando la cabeza hasta que su frente tocaba el suelo entre las palmas de sus manos, que miraban hacia arriba. Llorando permaneció en esta posición durante mucho tiempo. Después se levantó y sencillamente saludó a su familia, en silencio y con dignidad.

En el grupo siguiente, cuatro meses más tarde, contó que, aunque ya había pasado los cuarenta, había quedado embarazada inesperadamente.

De los seminarios:

Albert: Me va bien, el reconocimiento de los padres de mi madre me lleva al reconocimiento de mi madre, y me parece como si hasta ahora hubiera ido con tres cilindros, y ahora me diera cuenta de que aún hay otros tres más.

Bert Hellinger: ¡Muy bien, una bella imagen! Así, el motor también va mucho más suave.

Rüdiger: Cada vez estoy más de acuerdo con que mis padres me hayan tenido a mí.

Bert Hellinger: Sí, mirándote así, tampoco lo hicieron tan mal. También encuentro muy importante la tercera parte: hay la parte de la madre, hay la parte del padre, y hay algo nuevo, propio.

Stephen Lankton, un hipnoterapeuta americano, una vez hizo un buen ejercicio con un grupo. Cada uno tenía que imaginarse que tuviera los peores padres que había, y pensar cómo actuaría. Después tenía que imaginarse que tuviera los mejores padres que había, y cómo actuaría entonces.

Finalmente tenía que representarse a los padres tal como eran y como actuaban: ¡no había ninguna diferencia!

Hay dos imágenes fundamentales, de los padres hacia los hijos, y de los hijos hacia los padres. Si uno se imagina a sus padres y los ve delante de sí, aún queda algún asunto pendiente con los padres. Quien, por lo contrario, ha tomado a sus padres y tiene todos los asuntos acla-

rados con ellos, puede verlos detrás de sí. Si alguien aún tiene a los padres delante de sí, el efecto es que no puede avanzar. Topa con los padres. Si los tiene detrás de sí, puede emprender el camino, todo está libre. Entonces, si avanza, los padres permanecen allí, mirándolo con benevolencia.

6. MANEJAR LOS MÉRITOS Y LAS PÉRDIDAS DE LOS PADRES

Además de aquello que son, los padres también tienen algo que han ganado como mérito, o que han sufrido como pérdida. Es algo que les pertenece a ellos personalmente y no se refiere a los hijos, por ejemplo una culpa personal o una implicación. En todo esto los hijos no tienen parte, los padres no pueden ni deben dárselo a sus hijos, ni los hijos deben tomarlo de los padres, porque no les corresponde.

No deben tomar ni la culpa, ni sus consecuencias, ni una enfermedad, ni un destino, ni una obligación o una injusticia sufrida, ni tampoco los méritos de los padres, porque el anterior no lo tomó de otro anterior como don bueno, para pasarlo a otros, posteriores, sino que forma parte de su destino personal y sigue bajo su responsabilidad. También forma parte de su dignidad, y si él lo toma y otros se lo dejan, posee una fuerza y un bien especiales. Este bien sí que puede pasarlo a otro, posterior, sin el precio que pagó por ello. Ahora bien, si un posterior —aunque sea por amor— en lugar de un anterior toma sobre sí un mal, entonces un pospuesto se inmiscuye en lo más personal de un antepuesto, quitándoles la dignidad y la fuerza tanto a éste como al mal, y del bien queda, sin el beneficio, para ambos tan sólo el precio. Si un posterior, sin realizar el esfuerzo ni sufrir la suerte correspondiente, toma los méritos y el derecho personal de un anterior, también tiene consecuencias nefastas, ya que toma el derecho sin el precio.

Aquí pues, los hijos tienen que poner sus límites, lo cual también es una especie de respeto ante los padres.

Naturalmente, el hijo puede tener ciertas ventajas por los méritos de los padres; éstas, sin embargo, pertenecen al ámbito de aquello que los padres dan a los hijos. Con aquello que reciben de los padres pueden hacer algo nuevo, ganando así sus propios méritos.



Tampoco nadie tiene un derecho sobre una herencia. La herencia es un regalo a disposición de los padres. Se toma como un regalo inmerecido, tal como los padres lo quieran. Incluso si un hijo lo recibe todo y sus hermanos no reciben nada, nadie debe criticar a los padres. Como la herencia siempre es inmerecida, tampoco debe haber quejas si se recibe menos. Los obsequiados, sin embargo, por propia iniciativa tienen que darles a sus hermanos la parte que les corresponde. De esta manera hay paz en el sistema.

7. ACERCA DE ALGUNAS ETAPAS DEL CAMINO COMÚN

A. (NO) HACERSE COMO LOS PADRES

Las vidas de los padres actúan muy intensamente como modelos para los hijos.

Presentaré un ejemplo:

En Chicago una mujer vino a un grupo y nos comunicó que estaba tramitando el divorcio. Hasta entonces había estado felizmente casada y tenía tres hijos. No se le podía hablar, estaba inaccesible y firmemente decidida a divorciarse. En la siguiente sesión de grupo tuve la ocurrencia de preguntarle por su edad. Tenía treinta y cinco años, y le pregunté: —¿Qué pasó con tu madre cuando tenía treinta y cinco años?

Respondió: —Entonces mi madre perdió a mi padre.

El padre murió cuando intentó salvar a otros en un portaaviones.

Le dije: —Exacto, una chica respetable en vuestra familia pierde al marido a los treinta y cinco.

Aquí encontramos de nuevo el pensamiento mágico del hijo, que entiende el amor como un «hacerse como ...» o un «vivir como ...». Más adelante, esto se encubre, pero sigue actuando en el alma. Los padres, por su parte, esperan y desean que a sus hijos les vaya mejor. Por lo tanto, aquello que los padres desean está en contradicción con aquello que los hijos se imaginan bajo el concepto de amor. Los niños no conocen límites en su amor, su experiencia de la vida, sin embargo, sí que

es limitada, por lo que la tentación de unirse a sus padres en el sufrimiento es sumamente poderosa. Si el sufrimiento de los padres es compensado ciegamente por el sufrimiento de los hijos, éste pasa de persona en persona, de generación en generación, sin llegar a ningún fin. Al trabajar con constelaciones familiares, frecuentemente se revelan patrones repetidos de daño y de sufrimiento, atravesando generaciones en una misma familia. Incluso si se les rechaza a los padres, existe una unión secreta. Secretamente se les imita, y uno mismo busca pasar lo que pasaron ellos. Si un hijo dice: «De ninguna de las maneras quiero hacerme como vosotros», secretamente les sigue, y justamente por el rechazo se hace como los padres. Del miedo de hacerse como los padres resulta que el hijo continuamente esté mirando a los padres. Aquello que no quiero tiene que estar continuamente a la vista. Por lo tanto, no es de extrañar que gane influencia.

Es posible redimir al hijo de esta actitud mágica, acercándolo a aquello que los padres desean para el hijo — que sea feliz y pueda llevar una vida plena. Supone una prueba de valor para un hijo ver que sus padres sufren y, no obstante, obedecer a un amor más grande, intentando sacar partido de su vida y cumpliendo los íntimos deseos de sus padres. Es importante hacerle ver que, actuando así, su amor no pierde nada, sino que posiblemente sea ésta la manera de mostrarlo aún más.

B. PUEDES HACERTE COMO TU PADRE / TU MADRE

En una familia, el hombre aporta conceptos de valor de su familia de origen, y la mujer, otros tantos de la suya, siempre distintos. Ahora bien, si el padre se impone con su concepto de valores frente a los hijos —esto más bien se da pocas veces; según mi experiencia, en la mayoría de los casos se impone la madre con su concepto de valores—, entonces el hijo aparentemente sigue al padre, y secretamente, a la madre, o viceversa. El hijo aparentemente obedece a aquél que gana, y secretamente a aquél que pierde. Esta es su compensación. Por lo tanto, no hay triunfo, y no tiene ningún sentido perseguir la victoria. El hijo siempre sale a aquél de los padres que en su suerte fue el perdedor, por ejemplo en caso de una separación.

Si un hijo no obedece, frecuentemente sigue a los conceptos de valores del otro cónyuge. Este desobedecer tan sólo es otro tipo de obe-

diciendo y de lealtad. Si uno de los padres, de manera directa o indirecta, le comunica a un hijo: «No te hagas como tu madre / tu padre», el hijo seguirá precisamente a esta madre o a este padre.

Un ejemplo a este respecto:

Una mujer había estado casada con un hombre considerado alcohólico, y se había divorciado de él. Tenían un hijo que vivía con la madre, y ella tenía miedo de que el hijo se hiciera como el padre.

Yo le dije: «El hijo tiene el derecho de seguir a su padre, y tú tienes que decirle a tu hijo: «Puedes tomar todo lo que yo te dé, y puedes tomar todo lo que tu padre te dé. Puedes hacerte como yo, y puedes hacerte como tu padre.»

La mujer preguntó: «¿Y si se convierte en alcohólico?»

Le respondí: «Exacto, incluso entonces. Tú le dices: «Estoy de acuerdo si te haces como tu padre.» Esta es la prueba.»

El efecto de un permiso así y del respeto ante el marido es que el chico puede tomar a su padre, sin tener que tomar también aquello que hace difícil la vida de éste. Si la madre dice: «¡Sobre todo, no te hagas como tu padre!», el hijo se hará como él. No puede evitarlo.

C. REGLAS PARA UNA EDUCACIÓN LOGRADA

En el caso de problemas educacionales, la solución está en que los padres se pongan de acuerdo sobre un sistema de valores en el que también se guarden los distintos valores de ambas familias de origen. Así, se llega a un sistema superior y, de alguna manera, cada uno tiene que abandonar el suyo. Cada uno se hace culpable frente a su familia de origen, lo cual es lo difícil. La idea que lo de uno mismo sea correcto y lo otro equivocado, más bien es un estorbo. Si los padres se ponen de acuerdo, aparecen unidos ante los hijos. En un caso así, los hijos se sienten más seguros, y de buena gana siguen al sistema de valores encontrado conjuntamente.

Un ejemplo:

Un hombre y una mujer preguntaron a un profesor qué debían hacer con su hija, ya que últimamente la mujer se veía cada vez más obli-

gada a ponerle límites, y no se sentía lo suficientemente apoyada por su marido.

En primer lugar, el profesor les explicó en tres frases las reglas para una educación lograda:

1. En la educación de sus hijos, el padre y la madre, de maneras distintas, consideran correcto aquello que en sus propias familias era importante o faltaba.
2. El hijo sigue y reconoce aquello que a ambos padres les es importante o les falta.
3. Si uno de los padres se impone frente al otro en la educación, el hijo se alía con aquél que pierde.

Como siguiente paso, el profesor les propuso que se permitieran percibir dónde y cómo los amaba su hija. Se miraron a los ojos, y sus caras se iluminaron.

Por último, el profesor aún le recomendó al padre que, de vez en cuando, hiciera sentir a su hija cuánto se alegraba si ella era buena con su madre.

D. DESPRENDERSE DE LOS PADRES Y REALIZAR LO PROPIO

Si un hijo reclama ante los padres: «Lo que me disteis, primeramente fue demasiado poco; segundo, fue lo equivocado; y aún me debéis un montón», entonces el hijo no puede tomar de sus padres, ni tampoco separarse de ellos. De lo contrario, su reclamación ya no sería válida, y el tomar la haría desmerecer. Esta reivindicación le ata a los padres, pero no recibe nada. De esta manera está íntimamente unido con los padres, pero de modo que ni él tiene a los padres, ni ellos tampoco tienen al hijo.

El tomar, por lo tanto, tiene el efecto curioso de separar. Tomar significa: «Tomo lo que me diste; es un montón y basta; el resto lo hago yo mismo, y ahora os dejo en paz.» Es decir, tomo lo que recibí, y aunque después deje a los padres, yo tengo a mis padres y mis padres me tienen a mí.

Cada uno tiene también algo propio que le es asignado exclusivamente a él, algo que tiene que tomar y desarrollar independientemente.

te de los padres. No es nada contra los padres, sino algo que aún se añade a lo recibido.

Una vez vino aquí un médico de unos cuarenta años, casado desde hacía mucho tiempo, y preguntó: «¿Qué debo hacer?, mis padres se meten en todo».

Yo le dije: «Sí, tus padres tienen el derecho de meterse en todo, y tú tienes el derecho de hacer lo que a ti te parezca».

E. LA BÚSQUEDA DE AUTORREALIZACIÓN Y DE ILUMINACIÓN

Un hijo que se niega a tomar a sus padres se siente incompleto y no está en paz consigo mismo. Busca compensar esta falta, y muchas veces la búsqueda de autorrealización y de iluminación no es más que la búsqueda del padre o de la madre aún no tomados. También una llamada crisis de los cuarenta muchas veces se acaba si se logra tomar aquello que viene del padre o de la madre, rechazados hasta entonces.

F. CUIDAR A LOS PADRES MAYORES

Los hijos se sienten muy aliviados si los padres les demuestran que también toman algo de ellos. Eso no suprime la importancia fundamental de tomar a los padres. Tampoco el tomar que hace posible la despedida no dispensa al hijo de la obligación de dar, por ejemplo de pasar lo recibido a otros.

Sobre todo no dispensa al hijo de cuidar a sus padres cuando éstos estén necesitados o sean mayores. Esto último es algo muy importante para la despedida: los padres pueden dejar que el hijo se vaya, si están seguros que éste se ocupará de ellos cuando lo necesiten.

Muchos temen que les aguarde eso cuando los padres sean mayores. El motivo es que los hijos se imaginan que tendrán que cuidar a sus padres tal como éstos lo exijan. En un caso así, con razón se preocupan. Tienen que decirles a los padres: «Os cuidaremos de la manera más conveniente.» Es algo totalmente diferente, pero lo que realmente conviene puede ser diferente de lo que tanto los padres como los hijos se imaginan en un principio. Una vez tomada la decisión de hacerlo así, los hijos se sienten bien y libres.

La dinámica que se halla detrás es la siguiente: el hijo no puede percibir a sus padres tal como son. En cuanto un hijo ve a sus padres, con determinadas excepciones se siente como un niño de cinco a siete años, independientemente de la edad que tenga. Los padres, por otra parte, siempre ven a sus hijos como niños de cinco a siete años, y sienten de manera correspondiente. La única excepción que conocí fue una psiquiatra de Hamburgo, una mujer simpática, que decía:

«Yo y mi hija nos encontramos a un mismo nivel.»

Mientras tomábamos café, siempre hablaba de «mi mosquito», hasta que uno le preguntó a quién se refería. Y ella dijo: «A mi hija.»

Es la única excepción que he encontrado.

Es decir, el hijo que se ve confrontado con la madre o el padre mayores, necesita realizar un gran esfuerzo para hacerse valer y para no reaccionar como un niño, sino como persona adulta que hace lo que sea lo más conveniente. Para eso hace falta un cambio de conciencia. Lo propicio en la mayoría de los casos también es factible.

Un ejemplo:

Hace poco, estuvo aquí una mujer que era asesora fiscal y tenía dos oficinas grandes, una en Hamburgo y otra en Frankfurt. Al estar aquí, dijo que tenía que llamar a su madre. Su madre, que estaba en un hospital de Frankfurt, quería a toda costa que se ocupara de ella. La mujer, sin embargo, decía que no podía, ya que estaba tan atareada con sus negocios.

Yo le dije: «Esto tiene prioridad, primero viene la madre, y tú te ocupas de ella, y después te dedicas a tus negocios.»

Ella se resistía, y le dije: «Deja primero que esto llegue a tu interior. Tiene prioridad. Y tú sabes muy bien que es importante.»

Ella dejó que las palabras actuaran en su interior y, como pasa tantas veces cuando una persona está dispuesta a hacer lo que realmente conviene, la solución fue inesperada. Al día siguiente, alguien llamó desde Frankfurt diciendo que una enfermera geriátrica muy competente estaba buscando trabajo; era algo cara, pero muy competente. Dinero no le faltaba a la mujer. Ésta fue la solución.

8. TEMAS Y ÁMBITOS ESPECIALES EN LA RELACIÓN ENTRE PADRE E HIJOS

A. SILENCIAR EL ORIGEN DE LOS HIJOS

Josef: Me da mucho que pensar que algunos padres silencien el hecho de que un hijo sea ilegítimo o sustituido. No entiendo el motivo.

Bert Hellinger: Existe una tendencia social a desprestigiar estos hechos, y una reserva para hablar de ellos. Si simplemente miramos estos asuntos, como lo hacemos aquí, nos damos cuenta de que para todos los implicados las cosas están bien tal como están. Muchas veces, de los pecados resulta algo bueno, y eso, para los moralistas, es fatal. Tales cosas no pueden decirse ante una persona que desprecia y mira si algo está mal. Así, también es bueno y conveniente tener un poco de compasión con esos padres.

B. EL ILÉGÍTIMO QUE NO CONOCÍA A SUS HERMANOS

Thomas: Soy hijo ilegítimo, y me crié con mi madre. Hace cinco años, fui a ver a mi padre. Esta parte la conozco ahora. Sin embargo, no conozco a los hijos de mi padre, y él no se atreve a decirles que yo existo.

Bert Hellinger: Hace un mes, tuve un curso. En ese curso había una mujer que vivía en la misma situación. Es ilegítima. El padre está casado y tiene, además, dos hijos varones. Ese padre tampoco se atrevía a presentar esa hija a sus hijos.

Yo le dije que fuera a ver a los hijos y que se presentara como hermana, tal cual. Más adelante me llamó y me contó lo siguiente: fue a una fiesta, y cerca de ella se encontraba el padre y también estaban los hermanastros. De repente, al final de la fiesta, no quedaba nadie más que su padre, los hermanos y ella, y de pronto pudieron hablar. (A Thomas) Yo los iría a ver. El peligro, sin embargo, está en que entonces pierdas tu profesión de pastor.

Thomas: ¿Por qué?

Bert Hellinger: Una motivación frecuente para la búsqueda de Dios es que uno no tenga padre y lo busque y, al encontrarlo, su búsqueda de Dios se acaba. Ya empieza con Jesús, que tampoco tuvo padre, al menos ninguno del que sepamos nada.

EL CAMINO

*Al padre anciano llegó el hijo, pidiendo:
«Padre, ¡bendíceme antes de que te vayas!»
El padre dijo: «Sea mi bendición
que te acompañe un primer trecho
en el camino del saber.»*

*La mañana siguiente, salieron al aire libre,
y de la estrechez de su valle subieron
a una montaña.*

*El día ya se iba encogiendo cuando llegaron a la cima,
pero ahora hacia todas partes se extendía la tierra,
hasta el horizonte
a la luz.*

*El sol se puso,
y con él se desvaneció
la deslumbrante suntuosidad;
se hizo de noche.
En la oscuridad, empero, destellaban
las estrellas.*

Una vez participó aquí un hombre que dijo: — Nuestro primer hijo nació de nuestras relaciones prematrimoniales, y ahora comienza a hacer cálculos ...—, y preguntó qué debía decirle, si el hijo empezaba a hacer preguntas. Le dije que respondiera: «No aguantamos más.» Entonces se rió. Sí, eso es honrado.

C. ¿CON QUIÉN VAN LOS HIJOS DESPUÉS DEL DIVORCIO?

La pregunta de dónde deben ir los hijos después del divorcio es muy fácil de solucionar: los hijos tienen que ir con aquél de los padres que en los hijos respeta más a la otra parte (al padre o a la madre). En la mayoría de los casos es más el padre quien respeta a la madre en los hijos, que no la mujer al hombre. Es una experiencia mía (H. sonrío), pero la mujer puede merecerse el tener a los hijos ... aprendiendo a va-

lorar las cualidades de su ex marido en ellos. De lo contrario, los daña, queriendo y valorando tan sólo una mitad de ellos.

Klaus: ¿En qué se nota cuál de los padres respeta más al otro en los hijos?

Bert Hellinger: Lo ves en seguida, y también ellos mismos lo saben en seguida. Si haces la pregunta, sólo tienes que mirar a los padres, y en seguida sabes quién es.

Klaus: ¿Pero podría ser igual alguna vez?

Bert Hellinger: ¡Con esta pregunta te opones! Si es igual, no hay divorcio.

Ludwig: ¿Son equivalentes las dos frases: «Debe tener los hijos aquél que más respete al otro cónyuge en los hijos» y «El que abandona la relación no debería recibir a los hijos de premio»?

Bert Hellinger: De esta forma tan extrema no quisiera firmarlo. Pero muchas veces se pasan los límites, cuando uno engaña al otro y después encima le quita los hijos. Por regla general, es también aquél que no respeta al otro. Sin embargo, son diferentes puntos de vista, y hay un montón de excepciones. Por lo tanto, es importante fijarse detenidamente; esa gran diversidad no puede resumirse en dos frases.

Los padres también deciden con quién van los hijos, y si ellos se vuelven a casar. Si por ejemplo un hombre, que está divorciado y tiene los hijos consigo, quiere volver a casarse y pregunta a los hijos si debe hacerlo, el caso es grave. No es, en absoluto, asunto de los hijos. Él lo hace, y los hijos tienen que aceptarlo. En un asunto así, no se les debe preguntar a los hijos. Pero tampoco tienen la obligación de querer a las posteriores parejas de los padres.

Petra: Pero los tribunales sí que lo preguntan.

Bert Hellinger: Lo sé, pero no importa. Yo aquí hablo de psicología. Si los padres arreglan el asunto entre ellos, a los hijos se les ahorra el tener que decidirse entre los padres.

Muchas veces existe también la idea de que si la custodia de los hijos se adjudica a uno, éste los tiene y, al mismo tiempo, se los quita al otro. No puede hacerlo. Esa madre o ese padre sólo tiene a los hijos viviendo en su casa. Pero no puede quitárselos al otro. Los hijos siempre son de ambos padres, y hay que negociar de manera que los hijos sepan que ambos padres seguirán siendo padres para ellos, aunque ya no sean pareja.

Si un niño no puede ser criado por sus padres y necesita de otros padres, la primera búsqueda debe dirigirse hacia los abuelos. Es lo más inmediato. Si éstos acogen al niño, está en buenas manos. En un caso así, también es más sencilla la vuelta a los padres si la situación cambia. Si los abuelos no pueden, o ya no están, se busca entre los tíos. Éstos son los siguientes. Sólo si no se encuentra a nadie de la familia, pueden buscarse unos padres adoptivos o de acogida. Entonces realmente se convierte en una tarea que vale la pena. En un caso así, los padres que acogen al niño pueden estar seguros de ocupar el lugar correcto: suplen a los padres para el niño, ayudando a llevar a cabo lo que aquéllos no pudieron realizar. Cumplen una función importante, pero como representantes ocupan el segundo lugar. Primero vienen los padres verdaderos, como quiera que sean e independientemente de lo que hayan hecho. Si se guarda este orden, el hijo adoptivo puede respetar a los padres adoptivos y tomar lo que de ellos recibe.

De mi trabajo con familias sé que el factor decisivo es la actitud de los padres adoptivos. Si realmente actúan con las mejores intenciones para el niño, la adopción tiene buenas posibilidades de salir bien. Muchas veces, sin embargo, los padres adoptivos primeramente no tienen en cuenta los intereses del niño, sino más bien los suyos propios. En la mayoría de los casos se trata de parejas que no pueden tener hijos y se rebelan contra las limitaciones que la naturaleza misma les impone. Implícitamente le piden al niño que les proteja de su desilusión. En un caso así, quedan trastornados tanto la orientación fundamental del dar y del tomar como el orden de sus relaciones, aún antes de iniciarse éstas.

Si una pareja adopta a un niño por ellos mismos y no por el bienestar del niño, de hecho quitan un hijo a sus padres naturales para satisfacer sus propias necesidades. Es el equivalente sistémico del rapto de un niño, por lo que tiene consecuencias serias en un sistema familiar. Frecuentemente se sacrifica algo equivalente en expiación: o un hijo propio, o la relación con la pareja. En familias con las que pude trabajar, las consecuencias de adopciones por razones impropias abarcaban desde el divorcio y la enfermedad hasta el aborto voluntario e incluso la muerte. En su forma más destructiva, la dinámica se expresaba en la enfermedad o el suicidio de uno de los hijos carnales de la pareja.

En cuanto los padres adoptivos pretenden ocupar el lugar de los padres carnales, considerándose los padres mejores, el hijo muchas veces se muestra solidario con los padres menospreciados, enfadándose con los padres adoptivos. Si unos padres, sin necesidad, dan a un hijo para la adopción, el hijo se enfada con sus padres, y con razón. Estos sentimientos negativos los reciben los padres adoptivos si se ponen en el lugar de los padres verdaderos. Si, en cambio, no se consideran más que representantes, esos sentimientos se dirigen hacia los padres, y el sentimiento bueno va a los padres adoptivos. Es decir, también para los padres adoptivos es un gran alivio.

Un ejemplo:

En el caso de un participante de un grupo, que vivía separado de su mujer, se trataba del lugar de un hijo acogido. En la configuración, el hijo se encontraba entre los padres de acogida.

Entonces pregunté: — ¿Quién quiso la adopción?

Él dijo: — En el fondo, mi mujer.

Yo: — Sí, por eso sacrificó al marido.

Al chico, que se encontraba en medio, empezaban a flaquearle las piernas. Dijo que quería arrodillarse, y le dije: — Hazlo.

Así, se arrodilló, y detrás de él se encontraba su madre carnal.

Le dije: — Ahora vuélvete hacia tu madre.

Ésta se acercó a él, y ésta ya fue la solución. Después junté a los padres acogedores de manera que, desde atrás, miraban cómo el hijo estaba arrodillado ante su madre, y nuevamente formaban una pareja.

Siempre que se adopta un niño, son importantes las distinciones claras al momento de elegir palabras, es decir, que un hijo adoptado llame a sus padres carnales de otra manera que a sus padres adoptivos; por ejemplo, «padre y madre» y «papá y mamá». Tampoco los padres adoptivos deben decir «mi hijo» o «mi hija», sino más bien: «Éste es el niño del que nos ocupamos y para el que representamos a los padres». También es mejor que el hijo conserve sus apellidos originales. De esta manera queda claro desde un principio que es adoptado. Aquí, sin embargo, no hay solución terminante y general. La clave está en que los padres adoptivos guarden un profundo respeto ante los padres carnales y que muestren claramente este respeto ante los hijos.

Birgit: ¿Y qué pasa si los hijos quieren llamarse como los padres adoptivos o como el padrastro?

Bert Hellinger: Yo no dejaría que tales deseos me desconcertaran. Los hijos notan lo que los padres adoptivos desean. Los padres adoptivos tienen que mirar muy atentamente y *ver* lo que es bueno para el hijo; así, también éste lo deseará. En el caso de un padrastro ocurre lo siguiente: si la madre valora al primer marido, no hay ningún problema, y de la misma manera ocurre con una madrastra.

Inge: Si uno de los cónyuges aporta un hijo a la familia, ¿es bueno para el nuevo padre o la nueva madre que lo adopte, o no?

Bert Hellinger: No, es fatal, porque en un caso así tiene que renegar de su padre o de su madre. Yo, por principio, lo desaconsejo.

Un ejemplo:

Hace un tiempo, desde Basilea me llamó una mujer, toda desesperada. Su padre adoptivo se estaba muriendo, y ellos estaban reñidos. Contó que su madre se había divorciado y, más adelante, se había casado con otro hombre. Éste la había adoptado. Yo le dije que ella por su parte podía anular la adopción. Se quedó perpleja por un momento, me dio las gracias y colgó el teléfono. Más tarde me llamó: lo había hecho. La situación había cambiado de golpe, y había podido acompañar a su padrastro en su agonía. Éste había fallecido y ella se sentía bien ahora.

Estaba muy claro: había arreglado algo y encontrado de nuevo su propio lugar. Es muy grave para un hijo tener que renegar de sus padres.

Josef: En un accidente de tráfico murieron los padres y los abuelos de dos niños, y los tíos sólo están dispuestos a acoger a un niño respectivamente. En un caso así, ¿es más importante que los niños se queden en la familia, aunque sea separados, o que los dos juntos estén en una familia de acogida?

Bert Hellinger: Es difícil de decir. Ahora bien, si tan sólo están dispuestos a acoger a un niño respectivamente, más bien tengo la impresión de que no se ocupan bien del niño. Si no, estarían dispuestos a acogerlos juntos. Ésta es mi impresión: que estarán mejor en la familia que los acoge, en la que pueden vivir juntos como hermanos.

Aún he podido observar otra cosa más: un hijo que fue acogido o adoptado tiene el impulso de acoger a otros niños y de cuidarlos. Éstos

están en buenas manos ahí. En recompensa, pasan a otros lo que ellos mismos recibieron, y muchas veces saben hacerlo muy bien. Es una dinámica buena, y no egoísta.

¡Mira a los hijos!

Thomas aporta un caso:

Un matrimonio que no podía tener hijos fue varias veces a Colombia para traerse un niño, pagando un fortunón. Nada más tenerlo, el marido se volvió loco. Es arquitecto y se pasó tres meses en un sanatorio. En cuanto salió de ahí, fueron a buscar a otro niño. Para mí es horrible lo que pasa ahí.

Bert Hellinger: Bueno, quién sabe. Mira a los hijos y dite: «Éstos ya saldrán adelante.»

Thomas: Pero aún tengo otra pregunta: unos amigos míos ...

Bert Hellinger (interrumpiendo): ¡No, no, no! ¿Qué te dije?

Thomas: Los hijos ya saldrán adelante.

Bert Hellinger: Aún dije otra cosa antes. (Pausa) Que miraras a los hijos. ¿Y a quién miras?

Thomas: Sí, es cierto, a los padres.

Bert Hellinger: Éstos no se merecen nada mejor, ellos saben lo que hacen. Es curioso, las cosas que hay.

Hace muchos, muchos años, creo que ya serán unos dieciocho, di un curso, en el que participó un tal Peter. Cuando éste tenía dos años, su madre sufrió un ataque esquizofrénico, y lo estampó contra la pared. En ese momento llegó el padre, que inmediatamente llevó a la mujer y al niño al médico. Al hijo no le había pasado gran cosa. Probablemente sus huesos aún eran lo suficientemente flexibles. Después, los padres desaparecieron en la consulta con el médico. El niño estaba sólo, echado en la sala de espera. De repente se abrió la puerta, y el médico se asomó, lo miró, y él nunca más olvidó esa mirada. Su mirada llevaba: «Tú ya saldrás adelante.» Esa fue el ancla a la que se agarró toda su vida. ¿Ves?, ese médico lo hizo bien, miró al niño.

El pobre sobrino y la oportunidad buena

Martha: Mi sobrino, el hijo de mi hermano, fue adoptado por su padrastro. Recibió el nombre del padrastro, y la nueva familia rompió

por completo el contacto con mi hermano y con nuestra familia. Mi pregunta es si yo podría hacer algo por el chico.

Bert Hellinger: Si estás pensando lo que puedes hacer por él, significa que en tu corazón hay amor para él. Si dejas que este sentimiento actúe, reteniéndote al mismo tiempo, sin hacer nada, esperando hasta que se dé una buena oportunidad, entonces esto, ya ahora, tiene un efecto positivo para tu sobrino. Pero pueden pasar años hasta que pueda hacerse lo que realmente convenga.

La ventaja de las aldeas infantiles SOS

El año pasado di un curso para madres de aldeas infantiles SOS, que fue un gran placer para mí. ¡Estaban tan atentas! Entre ellas, la idea era la siguiente: lo mejor para un niño es la familia propia, lo segundo, la familia adoptiva, y como última sustitución está la aldea infantil SOS.

Yo les dije: —No. Primero viene la familia verdadera, después la aldea infantil SOS, y en último lugar viene la familia adoptiva.

Las implicaciones que muchas veces vemos en familias adoptivas no existen en las aldeas infantiles SOS. Las madres de las aldeas infantiles SOS no pretenden ser las madres verdaderas. Todo el mundo sabe que solamente es una madre de una aldea infantil SOS. Esos niños saben afrontar la vida, y ellos mismos también tienen que hacer un montón para conseguirlo.

Karl: Lo que encuentro difícil es que en algunas aldeas infantiles no esté permitido hablar de las familias de origen de los niños.

Bert Hellinger: No, yo lo encuentro bueno. Si no, no pueden convertirse en familia. Es decir, no hablarlo en la familia, pero con cada niño en particular sí hablar de sus padres y de su familia de origen.

Karl: No quería decir que había que hablarlo en las familias substitutivas, sino que el niño en general pudiera saber algo de su origen, y también que tuviera la posibilidad y el derecho de estar unido a su propio origen.

Bert Hellinger: Sí, sería grave si no pudiera hacerlo, pero en la aldea infantil que yo conozco no era así. Ahí aún tuve otra experiencia bonita. Una madre de la aldea infantil contó que una niña había sido visitada por su madre. La niña tenía unos diez o doce años y la madre quería recuperar el contacto con ella, por lo que la invitó para el fin de

semana. La madre de la aldea infantil se sentía desbancada. Entonces configuramos la situación: La madre carnal, la madre de la aldea infantil, y la niña. Era desgarrador ver cómo la niña iba de un lado para otro, para encontrar su lugar. Finalmente se puso un poco más cerca de la madre de la aldea infantil, y eso fue justo lo que correspondía. Con ese ejemplo, las madres de las aldeas infantiles pudieron experimentar de lleno su dignidad y su importancia.

... ¡como el ladrón a sus reales!

Un ejemplo detallado de un caso

Gerhard participó en un seminario de seis días. Está casado, y como él y su mujer no tuvieron hijos, acogieron a un niño de diez meses, que pronto quieren adoptar.

Acompañamos a Gerhard a través de esta semana:

Al segundo día

Gerhard: Me preocupan mis padres. Han venido para cuidar a mi hijo pequeño. Por una parte, lo encuentro estupendo, y también pienso que mi relación con mis padres en general está en orden, pero al mismo tiempo noto que estoy irritado. Pienso que tendrá que ver con que yo quisiera que ellos reconocieran que lo estoy haciendo bien.

Bert Hellinger: ¡No, no, no! Es justo al revés. Tú te niegas a reconocer que ellos voluntariamente hacen algo grande para ti, sin que estén obligados a hacerlo. Si lo reconoces, estás en paz. No son los padres los que tienen que reconocer a los hijos, sino al revés.

El cuarto día, por la mañana

Gerhard: Me siento muy raro, mal, nervioso y triste. Esta mañana aún pensé: "Todavía hay otro hombre que aún es más importante que tú", es decir mi padre. Porque mis padres vinieron conmigo para cuidar al niño.

Bert Hellinger: Sí, yo me siento como su pequeño representante. Así me siento, y así también me comporto. ¿De acuerdo, Gerhard?

Gerhard: Sí, y me gustaría hacer la constelación de mi familia.

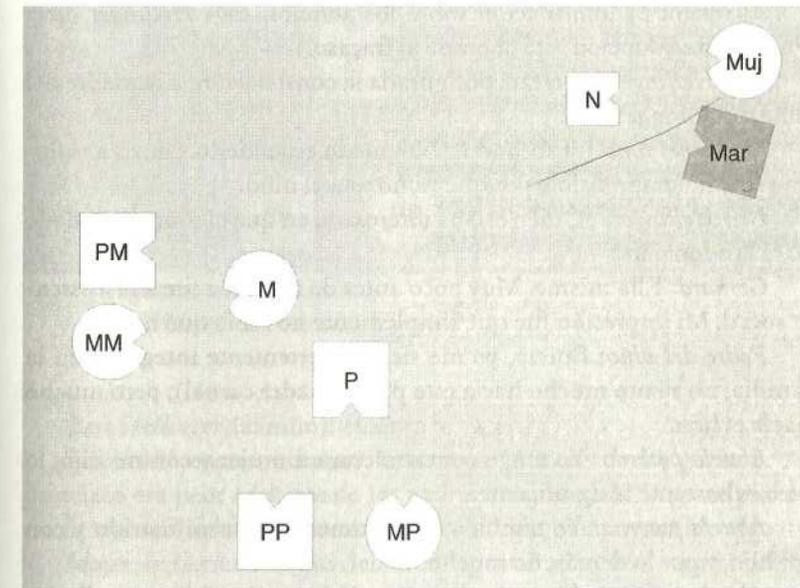
Bert Hellinger: Sí, hoy lo hago, seguro. Pero primero quiero seguir con la ronda, si no, se haría demasiado largo ahora.

Más tarde, al cuarto día

Constelación del sistema actual de Gerhard (fig. 1):

En un principio, Gerhard sólo quiere ponerse a sí mismo, a su mujer y al niño previsto para la adopción. Bert Hellinger, sin embargo, le pide que elija también representantes para los padres carnales del niño y para los cuatro abuelos del mismo.

Figura 1. Constelación del sistema actual de Gerhard.



Abreviaciones:

Mar	marido, Gerhard	PP	padre del padre
Muj	mujer de Gerhard	MP	madre del padre
N	niño, 10 meses de edad	PM	padre de la madre
P	padre del niño	MM	madre de la madre
M	madre del niño		

Sabemos entonces que la madre del niño es una mujer de 21 años, que quedó embarazada durante el bachillerato y que mantuvo en secreto este embarazo. Sus padres no supieron nada del nacimiento del

niño. Cuatro semanas antes de dar a luz, acudió a una asistente social que, por su parte, conocía a Gerhard y a su mujer. Gerhard y su mujer conocen al niño desde que nació, y poco después lo acogieron. El padre del niño es un italiano, que ante la oficina de asistencia social reconoció la paternidad sobre el niño. Sus padres viven cerca. Muchas veces, Gerhard da justificaciones. Así, por ejemplo, comenta que su mujer conoce al médico que asistió al parto del niño, y que éste decía que conocía a la familia de la madre y que podía entender muy bien que no les hubiera contado nada a sus padres.

Al recibir la información sobre los abuelos, Bert Hellinger dice: Pues ... esta adopción está abocada al fracaso.

Bert Hellinger (Al estar configurada la constelación; a la madre del niño): ¿Cómo te va?

Madre del niño (titubeando): No puedo entenderlo. Me es absolutamente incomprendible por qué ya no está el niño.

Bert Hellinger: ¿Quién estaba interesado en que el niño fuera dado para la adopción?

Gerhard: Ella misma. Muy poco antes de dar a luz fue a la asistente social. Mi impresión fue que simplemente no sabía qué hacer.

Padre del niño: Bueno, yo me siento fuertemente integrado en la familia; no siento mucho hacia esta parte (madre carnal), pero mucho hacia el hijo.

Abuelo paterno: Yo tengo contacto con mi mujer y con mi hijo, lo otro es bastante insignificante.

Abuela paterna: Yo también tengo contacto con mi marido y con mi hijo, y por lo demás, no mucho.

Abuelo materno: Me siento bastante poderoso, también con ella (su mujer). Siento una especie de derecho aquí (indica hacia adelante, al niño), no sobre ella (hija), sino atravesando a ella, sobre el niño.

Abuela materna: A mí también me pasa eso (hacia el marido), aquí me siento totalmente subordinada, pero también perteneciente. Al niño lo tengo claramente a la vista, la hija no es tan importante, el niño es mucho más importante.

Madre del niño: Esto coincide con mi percepción. Hay una relación que me atraviesa y va directamente al niño.

Bert Hellinger: (coloca al niño delante de sus padres, fig. 2)

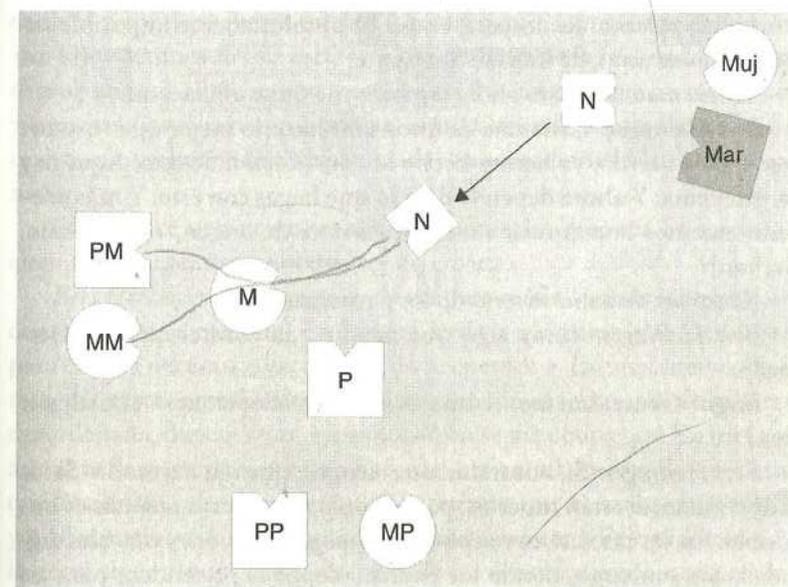


Figura 2

Bert Hellinger (al niño): ¿Cómo te va a ti?

Niño: Me encuentro muy bien aquí (delante de los padres). Al principio era peor (delante de los padres acogedores). Al principio tenía la sensación de que me miraban como si hubiera cometido algo.

Mujer de Gerhard: Aquí delante tengo calor, y pienso que tendría que dar un paso hacia atrás. Veo a los demás, y eso está bien. Aquí (hacia el marido) no ocurre nada.

Representante de Gerhard: Por una parte, mucha tristeza al mirar a este niño, y después tengo la sensación de que el niño me impide llegar a mi mujer.

Bert Hellinger (a Gerhard): Éste (el niño) está parentificado. Tú esperas algo del niño. Este deseo, en realidad, debería dirigirse a otra parte, quizás a tus padres. El niño es utilizado, y eso es sumamente perjudicial, para el niño y para vuestra relación. Aquí es donde pertenece (la madre del niño ríe aliviada; al abuelo paterno): ¿Qué, Benno? Estás todo emocionado.

Abuelo paterno: Realmente, es así. Es absolutamente imposible sacar al niño de aquí, de un clan tan fuerte.

Abuela materna: Esto ahora también me tranquiliza a mí.

Bert Hellinger: Cada uno de éstos sabe hacerlo mejor que vosotros. – De acuerdo, ya hemos hecho la constelación de esto. Aquí hay un problema. Y ahora depende de ti lo que hagas con esto. Y más adelante haremos la constelación de tu sistema de origen, ¿de acuerdo, Gerhard?

(Después de haberse sentado los participantes)

Bert Hellinger: ¿Hay algo que añadir a la constelación de Gerhard?

Birgit: Generalmente, ¿cómo es lo de las adopciones? ¿Pueden ir bien?

Bert Hellinger: Sí, naturalmente, siempre que sea necesario. Si los padres faltan, si están muertos, por ejemplo, o por otras razones es imposible. En un caso así, es muy bueno, una gran misión, y una alta dignidad. Sin embargo, donde los padres adoptivos pretenden, para así decirlo, colarse como padres mejores, aunque los padres existan y aunque exista todo el clan, ahí no funciona. Si acaso, primeramente entran en consideración los abuelos.

Gerhard: Pero si nunca hemos visto a esas personas.

Bert Hellinger: De eso se trata precisamente. Tenéis que presentarles al niño alguna vez; sí, tenéis que ir allá y presentarles al niño.

Gerhard: Bueno, pero los padres decidieron ocultarlo.

Bert Hellinger: No pueden decidirlo, ni siquiera según la ley alemana. Un niño primeramente tiene el derecho de saber quiénes son los padres y quiénes los abuelos. Y tiene un derecho de conocerlos. Además, fue una bella imagen para el Número Sagrado, siete: un niño, dos padres, y cuatro abuelos, ahí se percibía toda la fuerza. Es el número de la plenitud: siete. Hay que referirlo a lo simple. ¿Tienes alguna pregunta más, Gerhard?

Gerhard: Naturalmente tengo claro que el niño tiene el derecho de conocer a sus padres, y pienso que las cosas también se desarrollarán así, que el niño más adelante sabrá quiénes son sus padres, para poder entrar en contacto con ellos cuando lo desee.

Bert Hellinger: Gerhard, realmente eres un hombre inteligente y muy sensible en todos los aspectos. Aquí estás involucrado y no te das

cuenta, y por eso no eres capaz de actuar aquí. Tan sólo tu expresión «mi hijo» demuestra que estás totalmente fuera de la realidad. Lo dijiste muy en serio. Esto es una implicación. No estás claro en este asunto y son otras las fuerzas que actúan aquí. Con esto sólo quiero decirte que aquí tu saber no te vale para nada. La solución se encuentra a otro nivel.

Sarah hace una pregunta sobre comentarios después de constelaciones, y de si también pueden ser un estorbo.

Bert Hellinger: En cuanto se da un paso más allá de lo necesario, lo conseguido se cuestiona. En cuanto le digo a alguien más de lo que para él sería necesario, lo conseguido se cuestiona. Es una intervención muy peligrosa, especialmente si comunico mis asociaciones de manera desordenada, diciendo por ejemplo: «Aún se me ocurre ...». En un caso así, aquella persona tiene que hacerme caso a mí, en vez de quedarse consigo mismo. Es decir, le quito la energía que él acaba de recoger, y me la quedo yo. Es una especie de robo emocional. Pero también hay informaciones importantes después de las constelaciones, que provienen de la vivencia personal y ayudan. Éstas, sin embargo, no contienen ninguna interpretación.

Un ejemplo:

Un niño va al jardín, se maravilla de todo lo que crece, y escucha a un pájaro en los arbustos. En ese momento llega la madre diciendo: –¡Qué bonito!– Ahora, el niño, en vez de maravillarse y ser todo oídos, tiene que escuchar palabras, y la relación con aquello que *es* se sustituye por opiniones. La percepción inmediata queda perturbada por los comentarios. Las consecuencias son fatales.

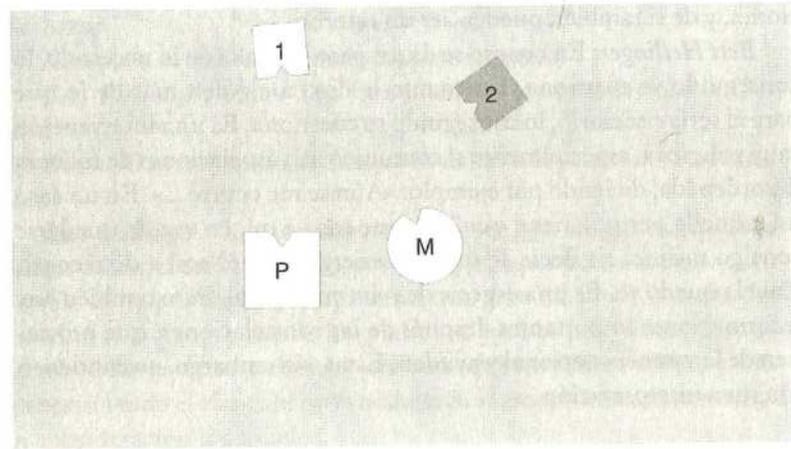
La regla es bien simple: Si a uno se le ocurre algo, se mira a la persona y se examina: ¿Es un regalo si se lo digo? ¿Fortalece y nutre, o estorba? Conforme a esto puedo actuar. Es decir, no hay ninguna regla fija, sino que cada uno tiene que actuar de manera responsable y de acuerdo con su percepción.

Gerhard se quedó algo afectado después. En este caso, no puedes acercarte a él, ni tampoco tocarlo; si no, tendría que entrar en relación con otra persona. Es algo diferente si realmente necesita ayuda.

El cuarto día, por la tarde

Configuración del sistema de origen de Gerhard. Al sistema de origen propiamente dicho pertenecen los padres de Gerhard, un hermano, cinco años mayor, y él mismo.

Figura 3. Constelación inicial de la familia de origen de Gerhard.



Abreviaciones:

P	padre	1	primer hijo
M	madre	2	segundo hijo, Gerhard

Una vez configurada la primera constelación:

Padre: Percibo una relación fuerte con mi hijo mayor, más débil con Gerhard, y casi nula con mi mujer. Es así.

Madre: Me siento algo desconectada, porque tengo poca relación con mi marido, más relación con mi hijo mayor, y no suficiente con mi hijo menor.

Hermano: Donde mejor me encuentro es con mi madre. Con el padre tengo una relación fuerte, pero casi demasiado fuerte, y el hermano desaparece casi del todo.

Representante de Gerhard: Mucho anhelo de llegar ahí, a la madre. Bert Hellinger coloca a la madre a la izquierda del padre (fig. 4)

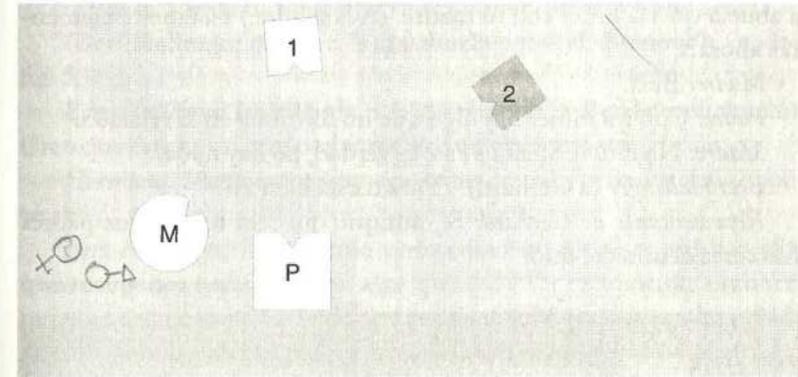


Figura 4

Bert Hellinger: ¿Qué ha cambiado?

Hermano: Para mí es mejor así, pero quisiera apartarme algo más.

Bert Hellinger: Sí, hazlo. (El hermano da un paso hacia atrás.)

Representante de Gerhard: Yo también hubiera podido irme ahora, había tristeza. Estos dos (los padres) se han encontrado, ¿pero dónde está mi lugar? (se inclina hacia fuera). Me caigo hacia la izquierda (hacia el hermano; pero ahí tampoco se encuentra bien).

Bert Hellinger: Si pasa esto en una constelación, se supone que existe un problema no solucionado en la familia del padre o de la madre.

Gerhard: La madre de mi madre murió muy pronto, cuando mi madre tenía siete años. Hubo una epidemia.

Bert Hellinger (cambia la posición de los padres, y coloca a la abuela materna entre la madre y Gerhard; la madre quiere tenerla muy cerca, detrás de sí): ¿Qué ha cambiado?

Representante de Gerhard: Sí, ahora puedo dejarla muy bien así, pero quisiera cambiar de lugar con mi hermano.

Padre: De repente noto una relación con Gerhard.

Bert Hellinger (coloca a los hijos frente a los padres, y a la abuela materna entre Gerhard y la madre, fig. 5): Ahora Gerhard ya no se sale. Existe una identificación con la madre de tu madre, éste es el motivo por el que te ocupas de niños. Con el niño acogido juegas aquello que

la abuela quería hacer con tu madre. (A la madre.) ¿Cómo te encuentras ahora?

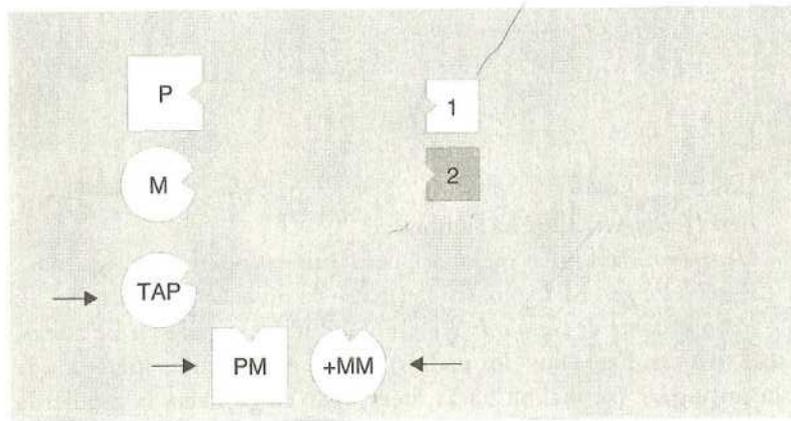
Madre: Bien.

Padre: Con mi mujer hay algo que no funciona en la relación.

Madre: No estuve atenta a eso, es verdad, no hay nada.

Bert Hellinger (a Gerhard): ¿Para ti está bien así?

Representante de Gerhard: Sí, aunque quisiera tener a los padres más cerca el uno del otro.



Abreviaciones:

PM padre de la madre

+MM madre de la madre, murió al tener la madre 7 años

TAP tía abuela paterna

Figura 5

Bert Hellinger: Quizás haya algo más. ¿Qué hizo el padre de la madre al morir su mujer?

Gerhard: No volvió a casarse, sino que vivía en una granja con su hermana y su hermano.

Bert Hellinger: Entonces cojamos también al abuelo (coloca al abuelo a la izquierda de la abuela, fig. 5). ¿Quién cuidó a tu madre después de la muerte de la abuela?

Gerhard: Fue la tía abuela, la única mujer que había en la casa. (Bert Hellinger coloca a la tía abuela entre el abuelo y la madre, fig. 5.)

Bert Hellinger (señalando a la tía abuela, la abuela y el abuelo): Creo que éste es un grupo que merece un gran respeto.

Hermano: Me desconcierta que la madre aún pertenezca y se apoye ahí.

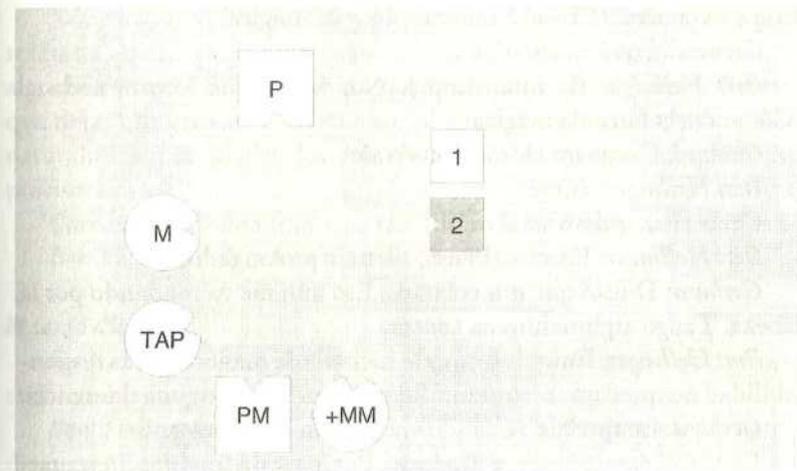
Bert Hellinger: Tienes que verlo como un proceso: ahí hay algo que recuperar, y ahí aún hay algo que debe ser reconocido; entonces quizás pueda comportarse de otra manera. (Coloca a la madre al lado de la tía abuela y de sus padres, separada del padre, fig. 6.)

Padre: Esto ahora queda algo más claro en la relación con la mujer. Es más acertado así, aquello no era ninguna relación. Ahora la distancia es mayor, y para mí es más acertado.

Bert Hellinger: Sí, es cierto, ella no puede salir de este grupo unido por un destino común.

Madre: De esta manera tengo más relación con mi marido, y ahora incluso podría acercarse un poco más. Ahora está un poco demasiado lejos.

Figura 6. Solución en la constelación de la familia de origen de Gerhard.



Gerhard: ¿Puedo añadir algo? – Mi padre valora demasiado poco a la familia de mi madre.

Bert Hellinger (a Gerhard): ¡Ahora ponte en tu lugar, Gerhard! (Gerhard ocupa su lugar)

Bert Hellinger (a Gerhard): Si tú valoras esta parte (la de la madre), no necesitas adoptar a ningún niño. Así, no tienes que valorarlos de esa manera. Estás libre de pasarlo a otros de otra forma. ¿Es comprensible para ti?

Gerhard: Sí. – Y quisiera decir: Por mis motivos, quizás pueda adoptar a este niño a pesar de todo, si no lo hiciera por ellos.

Bert Hellinger: No, no. No lo hagas. Ocupate de niños de otra manera, eso está bien, al fin y al cabo, yo también lo hago. (Risas de los participantes).

En una ronda del quinto día

Gerhard: Aún me siento triste, y desearía tanto que tuvieras una fórmula mágica.

Bert Hellinger: ¿Para ti? – No la tengo. Y si te diera una, ¿qué pasaría?

Gerhard: No lo sé. Estoy tan indeciso. (Empieza a llorar) Quiero tanto a este niño.

Bert Hellinger (lo mira seriamente): Precisamente no; como un ladrón a sus reales. (Pausa) Ésta es la fórmula mágica.

Gerhard: Los últimos días ...

Bert Hellinger (lo interrumpe): No, no, eso no lleva a nada ... ¿Cómo era la fórmula mágica?

Gerhard: Como un ladrón a sus reales ...

Bert Hellinger: ¿Qué?

Gerhard: ... quiero yo al niño.

Bert Hellinger: Exacto. (Pausa, silencio prolongado)

Gerhard: Dijiste que nos colamos. Eso aún me va rondando por la cabeza. Tengo argumentos en contra.

Bert Hellinger: Fuisteis listos y lo hicisteis de manera que la responsabilidad no quedara en vosotros. Pero eso no hace ninguna diferencia.

Gerhard: Lo que me va dando vueltas son los abuelos.

Bert Hellinger: Sí, éste es el acceso. Por lo menos podrías presentarles al nieto, ¡eso es amor!

Gerhard: Dentro de unos años podría imaginármelo muy bien.

Bert Hellinger: No, no, cuando son más pequeños, también son más dulces y mueven más los corazones. Hay un criterio para la calidad del amor: El amor es fuerte como la muerte (silencio prolongado). Ésa fue la buena palabra.

Más tarde, durante el quinto día

Gerhard: Ya no estoy del todo presente, estoy fuera, retirado. Por la noche en parte también estuve enfadado contigo, conmigo mismo y con la vida.

Bert Hellinger: Eso son los combates en retirada. En una batalla perdida aún se le muestra un poco de resistencia al enemigo (sonríe cariñosamente).

Gerhard: Con lo que dijiste del cuadro torcido, pensé que también se podría arreglar cortando los muebles ... (todos ríen).

Bert Hellinger: En Estados Unidos hay unos parques de atracciones, donde entras en una casa y todo está torcido, es imposible orientarse – algo así sería eso.

Gerhard: Sí, aún no tengo claro qué haré con lo que pasó ayer.

Bert Hellinger: Desde luego, lo tienes absolutamente claro.

Gerhard: Lo tomaré en serio, y también pienso que hay un montón de hechos a tener en cuenta.

Bert Hellinger: No, lo único importante de momento es que esperes hasta que tengas la fuerza para actuar tal como sea preciso. Y eso es algo diferente. Si actuaras ahora mismo, tendrías poca fuerza. Tienes que dejar que esto actúe hasta estar plenamente integrado, y después, naturalmente, se añaden los otros hechos, y de repente ves qué es lo preciso.

Gerhard: La última frase que me dijiste, la del amor, esa fue buena.

Bert Hellinger: Sí, eso actúa si lo tienes presente ...

El sexto día

Gerhard: Estoy otra vez mejor. Tengo la esperanza de que se encuentre un camino en el que aún desempeñemos algún papel.

Bert Hellinger: Sí, si volvéis a llevar al niño allá donde pertenece, desempeñáis un papel muy importante. Entonces reparáis la injusticia, y el niño os lo agradecerá toda su vida. De esta manera, vuestro

amor tiene una meta y vosotros podéis retiraros de nuevo. El amor permanece, pero el amor tiene que ir hasta el extremo de que no preguntéis más por él. Eso después se acabó. Una vez realizada la buena obra, puede darse por acabada. «El elegido no se detiene en lo que fue eficaz.» Está bien así.

Gerhard: Es duro, muy duro.

Bert Hellinger: Sí, y debe ser así, si no, no valdría nada. Pero tu cara se ha transformado de una manera muy bonita, clara y bella. Para mí, también está bien habértelo aclarado. Guardar miramientos hubiera sido un mal servicio.

Gerhard: Pienso que aún me espera algún que otro hueso difícil de roer.

Bert Hellinger: Sí, toda la vida.

Gerhard: Aún quisiera expresar otra idea que, con toda esta historia, se quedó en un segundo lugar. Dijiste algo de la escala del estado de ánimo básico; yo estoy en la parte negativa de la escala. Pienso que tiene mucho que ver con el dolor de mi madre por su propia madre. Ahora también puedo dejarlo así.

Bert Hellinger: La madre de la madre puede estar detrás de ti, como una fuerza buena. — Hay que guardarse de restringirlo. Muchas veces, detrás de un hombre va bien una fuerza materna, por ejemplo una mujer que tuvo una suerte difícil. Eso tiene consecuencias positivas.

E. INCESTO

La dinámica

El incesto sólo es posible si ambos padres secretamente están aliados. Es decir, siempre están involucrados ambos padres, a saber, el padre en un primer plano y la madre en un segundo plano. Por lo tanto, la persona afectada también tiene que enfrentar a ambos padres con la culpa. Mientras no se vean los sucesos en su contexto global, no hay solución posible.

Muchas veces, el incesto es un intento de compensación de un desnivel entre tomar y dar en la familia, normalmente —pero no siempre— entre los padres. En estos casos, a los autores, sean padres, abuelos, tíos o padrastros, se les retuvo algo, o no son valorados por lo que hacen por

la familia, y el incesto es el intento de igualar este desnivel entre dar y tomar.

Un ejemplo:

Una madre con una hija se casa en segundas nupcias con otro hombre. Si la mujer no valora que el segundo marido mantenga a la hija que ella aportó al matrimonio y se ocupe de ella, se da un desequilibrio entre tomar y dar. El hombre tiene que dar más de lo que recibe. Cuanto más espere la mujer que él lo haga, tanto más grande será la discrepancia entre ganancia y pérdida. Una compensación se daría si la mujer dijera al hombre: «Sí, es así, tú das y yo tomo, pero lo reconozco y lo aprecio profundamente». Entonces la compensación no tiene que pasar a un nivel tan destructivo.

Otro desnivel en el intercambio entre los cónyuges puede darse, por ejemplo, en su relación sexual o en sus necesidades emocionales, creándose así una irresistible necesidad de compensación en este sistema, que se impone como una fuerza instintiva. En tales casos, la mujer intenta compensar el déficit ofreciendo a la hija —en algunas familias con las que he trabajado, la mujer lo hacía incluso conscientemente— o entregando la hija al marido, de manera que éste se ve arrastrado hacia una relación compensatoria con ella. Incluso estuve trabajando con algunas familias en las que la hija misma se ofrecía a su padre o padrastro para así ayudar a la madre y evitar que él se fuera. Esta es una dinámica frecuente y en gran parte inconsciente del incesto.

Otra forma del incesto, menos frecuente, es la de un hijo que se ofrece para salvar un desequilibrio en la familia.

Lo que aún sucede es que, a continuación, la hija toma sobre sí las consecuencias y la culpa. Muchas, para expiar lo ocurrido, eligen una profesión sacrificada o entran en un convento; otras, en un contexto así, se vuelven locas, pagan con síntomas o se suicidan. Otras se muestran licenciosas, diciendo: «Realmente soy una fulana, no tenéis que tener ninguna mala conciencia», disculpando así a los autores.

Un ejemplo:

En un curso hubo una mujer que había estado trastornada durante mucho tiempo y que ya había pasado muchos intentos de suicidio. De niña, su padre y un tío abusaron de ella. Tenía la fantasía de que si

estaba en un grupo, todos veían que ella era una criminal, y que la querían matar. La hice profundizar en esta sensación y se quedó sentada, mirando continuamente hacia abajo. Al cabo de un tiempo, vio al tío que se suicidó, al tío que también abusó de ella. Ella miraba hacia abajo y, mientras lo hacía, tenía la cara vieja y dura. Ésa no era ella.

Le pregunté: «¿Quién lo mira así desde arriba? ¿Tan enfadada y tan triunfante?»

Era la madre. Interrumpí ahí y más tarde configuramos el sistema. Entonces quedó patente que en realidad el tío era su padre, y que la madre estaba contenta de que hubiera desaparecido. La hija, sin embargo, se sentía culpable de su muerte, como si ella fuese una asesina. Su odio contra sí misma y sus intentos de suicidio eran la expresión de su sentimiento de culpabilidad.

La solución para la hija

Ruth: Aún me resisto totalmente a la idea de que sea la madre la que tenga que dar la cara.

Bert Hellinger: Especialmente es así, si te resistes a mirarlo abiertamente. Tú estás mirando a ver quién es el culpable. Yo no tengo el interés de culpar a nadie, únicamente busco una solución. Para encontrar una solución, tengo que ver a las personas en su situación concreta y necesito comprender la dinámica de la familia.

Mis metas son muy específicas: busco una solución para la persona que acude a mí y resisto a la tentación de ir más allá. Las soluciones difieren para cada miembro de la familia. Cada uno —el hombre, la mujer, la hija / el hijo— sabe, al menos inconscientemente, que la familia tiene un problema, así que tenemos que buscar una solución que permita que cada miembro del sistema pueda asumir su parte de responsabilidad y, al mismo tiempo, conservar su dignidad.

Para una hija que fue inducida a salvar un desequilibrio ente dar y tomar, y también para algunas otras formas de incesto, la solución consiste en llegar al punto en que sinceramente pueda decir: «Mamá, por tí lo hago a gusto», y al padre: «Papá, lo hice por Mamá». A veces, cuando el hombre también está presente, le hago decir a la hija: «Lo hago por Mamá, y estoy de acuerdo con hacerlo por ella.» Algunas personas se oponen a la expresión «estar de acuerdo», pero las víctimas afirman que es importante.

Estas frases expresan la dinámica que *ya está actuando* en la familia, y sacan a la luz el amor de la hija. Si una hija pronuncia estas frases auténticamente, expresa la belleza y el poder arcaico del amor inocente del niño a sus padres. Revela la profundidad del alma donde los hijos, de manera deliberada, aunque muchas veces inconsciente, realizan los sacrificios más dolorosos y destructivos por sus padres. Desde el punto de vista sistémico, la hija es sacrificada para salvar un desequilibrio en la familia y, al menos inconscientemente, ella consiente por amor. La solución para ella consiste en decir la verdad con palabras, en llamar por su nombre la dinámica sistémica y en declarar abiertamente su amor. Al nombrar abiertamente la parte que la madre tiene en la dinámica del incesto, la hija se retira del consentimiento inconsciente a ayudar a solucionar el problema de sus padres. Esta frase expresa la complicidad de su madre en lo ocurrido, sin negar, por eso, la culpa del padre.

El efecto de las frases curativas

Lo habitual en un caso de incesto es que la hija diga: «¡Este mierda de tío, lo que me hizo!», y muchos otros también piensan así. La dinámica, sin embargo, demuestra que la madre pone a la hija de testafierro para poder retirarse del marido. Si la hija dice: «Mamá, por tí lo hago a gusto», entra en otro contexto dinámico y puede desligarse del padre con más facilidad; puede desligarse del trauma y puede desligarse de la madre.

Estas frases inmediatamente sacan a la luz la dinámica de fondo. Nadie puede volver a comportarse como antes. Todos los implicados se ven encarados con su responsabilidad, y la hija ya no tiene por qué sentirse culpable. Lo que hizo, lo hizo por amor. De repente, la hija es buena, y sabe que es buena. Estas frases, por lo tanto, transfieren la responsabilidad del incesto y de sus consecuencias a los padres, descargando a la hija, ya que demuestran su amor y su dependencia y, con ello, también su inocencia.

El hecho de ver y reconocer este amor íntimo produce un efecto curativo. Estas frases le recuerdan a la hija que ella intentaba hacer algo bueno, aunque saliera mal. Cuando las víctimas conscientemente perciben su amor, y nosotros se lo confirmamos, ellas *saben* que son buenas. Es un gran alivio. Cuando consiguen decir auténticamente es-

tas frases curativas, quedan libres de la implicación en el problema de sus padres. Ya no tienen que esperar que sus padres cambien para que cambie también algo para ellas. Están libres de seguir su camino, independientemente de lo que sus padres hagan, de si admiten su responsabilidad y tienen remordimientos, o no.

Klaus: Pero el consciente de la chica se resistirá con todas sus fuerzas, porque ella no lo siente así. Ella siente que lo está haciendo contra su propia voluntad, que ella es la víctima, y se resistiría a decir estas frases.

Bert Hellinger: Por definición, una víctima es una persona que no pudo evitar lo ocurrido. Si las víctimas quieren cambiar algo, tienen que llegar a sentir su auténtico poder. La fuerza de los niños es su amor. Y es esto lo que estas frases hacen: revelan el amor de la niña. Muestran claramente para todos en el sistema lo que la niña hizo para intentar solucionar el problema de la familia.

Al ofrecer frases como éstas, hay que escuchar con mucha sensibilidad para oír las frases que el alma de la niña está diciendo ya. Si se encuentran esas palabras, cuidadosamente se le ofrecen como obsequio, palabras que expresan aquello que ella secretamente estaba sintiendo, pero no podía articular. Si se escucha con la profundidad suficiente, encontrando las palabras justas, su alma entiende el mensaje: «Actuaste por amor. Hiciste lo mejor que pudiste, pero ahora está bien que devuelvas el problema a los adultos. Es su problema, y ellos son capaces de manejarlo.» Por regla general, el mensaje es más o menos éste. Un paso así pide valor, pero muchas chicas se han encontrado liberadas al decir en voz alta lo que secretamente habían sentido siempre.

La prueba de si se acaba de dar con la frase adecuada es su efectividad. Si se encuentran las palabras acertadas, una chica —o una mujer adulta— las experimenta, siente un cambio en su cuerpo y sabe que ella es buena. Es un proceso realmente dramático y bello de ver. La chica se siente aliviada porque las frases demuestran su amor y su dependencia y, por tanto, su inocencia. Es sumamente importante que se le ayude a la niña a encontrar el camino para volver a su propio valor y a su dignidad, que su amor sea reconocido y afirmado.

Friedemann: ¿Cómo es en el caso de una chica que concretamente se encuentra en esta situación, por ejemplo, una chica de 16 años a quien le acaba de ocurrir? ¿Entonces qué?

Bert Hellinger: Justamente entonces estas frases son más efectivas. Ella tiene que poner en orden el sistema que lleva en su interior. Como hija se encuentra en la posición más débil en la familia, es decir, está limitada en sus posibilidades de parar el incesto. La mejor posibilidad que se le ofrece para poner un fin es que nosotros nombremos la dinámica oculta actuando en la familia y que saquemos a la luz la responsabilidad de cada uno.

Klaus: Pero para la niña, especialmente si aún es pequeña, es una herida profunda. No puedo imaginármelo de otra manera.

Bert Hellinger: Tienes que guardarte de la dramatización. Cuando realmente ves a las víctimas, éstas describen una gran variedad de experiencias. A veces, violentas y humillantes, a veces, de más ternura, quizás incluso una relación de amor. A veces se trata de un tipo de incesto en el que nunca se llega realmente al contacto sexual, pero que ocasiona dificultades persistentes en relaciones posteriores. Ésta es una forma de incesto que la ley ni siquiera reconoce como tal.

Klaus: ¿Así que hay una diferencia si fue violento o no?

Bert Hellinger: ¡Sí, claro! Si fue violento, también se trata de otra dinámica. En un caso así, frecuentemente existe una gran cólera contra la mujer.

Klaus: ¿Pero qué hacen estas frases curativas con el padre? A través de ellas el padre se ve rebajado a un nivel de comparsa. Sin embargo, él también es alguien que actúa, que abusa de su hija. ¿Qué hace él para restablecer el equilibrio?

Bert Hellinger: Si seriamente está interesado en rehacer el orden en el sistema, existen unos cuantos principios generales a seguir, pero los detalles variarán.

Lo primero es que acepte plenamente las consecuencias de sus actos. Si fue denunciado y sentenciado, tiene que asentir a la sentencia y a la pena. Después, tiene que encarar a su hija y realmente verla, ver las consecuencias de sus actos para ella. Tiene que decirle sinceramente que él lleva la plena responsabilidad y que asume todas las consecuencias de sus actos, que se retirará de ella y la dejará en paz.

Como es imposible deshacer lo hecho, tiene que procurar que algo bueno salga de ahí. La culpa poco a poco se va desvaneciendo en cuanto consigue su fin: un cambio para bien. Así, un padrastro se sometió a una psicoterapia personal intensa, empezó a formarse y se hizo tera-

peuta, para acabar trabajando con otros hombres. Su relación con su hijastra es distante pero cordial. Ella puede respetarlo, y también le es más fácil respetarse a sí misma.

La persecución de los autores no ayuda a nadie

Perseguir a los autores y castigarlos no ayuda ni a las víctimas ni a nadie más. Ahora bien, si la hija sufrió un daño, por ejemplo por uso de la fuerza, entonces tiene el derecho de estar enojada con el autor, pero no hasta el extremo de negarle el derecho a la pertenencia. Puede decir: «Has cometido una gran injusticia conmigo, y no te lo perdonaré nunca.» Y, en cierto modo, puede decirles a la cara a los padres: «Sois vosotros, no yo. Vosotros tenéis que llevar las consecuencias, no yo.» En ese momento pasa la culpa a él o a ella, y ella misma se aparta. Que la hija esté llena de reproches contra los padres no sirve de nada. El poner límites claros es lo que importa y lo que le permite librarse. Los reproches tan sólo son un simulacro de combate y no una exigencia.

La hija tampoco debe perdonar. Perdonar es una arrogación y no le corresponde a la hija. Puede decir: «Fue terrible para mí, y dejo las consecuencias contigo. A pesar de todo, sacaré partido de mi vida».

Si la hija, más tarde, consigue una relación feliz, también significa una descarga para el autor; si, por lo contrario, ella misma después no permite que las cosas le vayan bien, también es una venganza tardía del autor.

Por otra parte, el padre no debe pedirle perdón a la hija, lo cual significaría una carga inmensa para ella. Pero sí puede decir: «Lo siento» o «He cometido una injusticia contigo».

«Solución» es una palabra de doble sentido. La solución siempre es un «apartarse de». La lucha ata. Exigir que los demás acepten su responsabilidad lleva a una buena separación de la familia. En el caso de una implicación en un sistema superior, aquí en el de los padres, el inferior tiene que exigir del superior que acepte la responsabilidad. Así, puede dejarlos y marchar.

Preguntas:

Jutta: Me extrañaba que muchas veces no había solución si el asunto se llevaba a juicio.

Bert Hellinger: Sí, de esta manera no se consigue ninguna solución. Aquí hay que tener en cuenta una importante ley sistémica: convirtiendo a alguien en el malo de la película, o negándole la pertenencia, se causa un trastorno sistémico. La solución siempre consiste en volver a admitir a la persona excluida. Trabajando sistémicamente, aunque la meta consista en encontrar una solución para el/la cliente, hay que servir al sistema como todo, y protegerlo. Por eso es imprescindible que el terapeuta se una a los excluidos. Hay que ser capaz de dar a los autores un lugar en el propio corazón.

Aquí, en los seminarios, lo hago constantemente. Me pongo del lado de los excluidos y de los malos.

Hannelore: ¿Quieres decir que da igual lo que el padre le hizo a la hija?

Bert Hellinger: No da igual. Hay situaciones en las que alguien pierde la pertenencia al sistema. Por ejemplo, si mata o hiere gravemente a alguien en su propio sistema, o si se viola a una niña de tres años. Esa persona ha perdido su derecho. Entonces tampoco se intenta reintegrarla.

Jutta: Significaría que si nos llegan niños y se descubre un abuso, se les pueden retirar los hijos a los padres, pero no se les debería denunciar ni llevar a juicio.

Bert Hellinger: ¡Exacto! ¡Correcto! Tampoco hay que dejar mal a los padres ante los hijos, por muy necesario que sea ayudar a que los hijos vean la responsabilidad de los padres y puedan sentirse inocentes ellos mismos.

Karl: Muchas veces, en un proceso circular colocas a la mujer al principio. Pocas veces tienes en cuenta la contribución del hombre para que la mujer se comporte de esta manera.

Bert Hellinger: Hay varios motivos. El primero es el interés de corregir la desviación desde un principio. Recuerda que en el trabajo sistémico no se trata de sentar juicios morales. Buscamos maneras de ayudar a las familias a volver a su equilibrio, de manera que las víctimas —los hijos— sean libres de vivir una vida sana que pueda colmarlos, y que puedan deshacerse de la presión sistémica de hacer a otros lo que ellos mismos vivieron. El equilibrio sistémico únicamente puede lograrse distinguiendo la parte de responsabilidad que cada uno tiene en la dinámica. Dado que el autor es, en la mayoría de los casos, un hombre, su responsabilidad es evidente. Lo que, por regla general, no está

tan claro es la parte que corresponde a la mujer. Por tanto, muchas veces miro primero en esta dirección.

Si para la hija también fue una experiencia de placer

Para algunos lo duro es lo que viene ahora: la chica puede admitir que también fue bonito y un placer, si realmente fue así. Ya que en este caso se convierte en algo común, el drama se acaba, y la herida deja de doler. Para algunas niñas la experiencia es de placer. Sin embargo, no pueden fiarse de esta percepción, ya que la conciencia les dice que es mala. En un caso así, necesitan que se les asegure su inocencia, aunque la vivencia haya sido excitante. La chica debe tener la posibilidad de reconocer que, a pesar del reproche justificado contra los padres, también vivió el incesto como algo fascinante, ya que una niña se comporta de acuerdo con su condición como tal, sintiendo curiosidad y queriendo experimentar algo. Si no, lo sexual queda en un contexto terrible. Si se me permite decirlo de una manera algo frívola y provocativa: En este caso, la experiencia en sí tan sólo se anticipa un poco. Si le digo esto a una niña, la alivio.

Mirjam: Entreveo que quizás haya también una pequeña mujer seductora, y encuentro sumamente importante decirle que es inocente.

Bert Hellinger: Sí, puede haber sido seductora, pero eso no debe ser ningún reproche.

Vera: A mí me causa una sensación ambigua que digas que a la niña también pueda causarle placer. Hace justo una semana, en la clínica vimos una película en la que las niñas relataban de manera totalmente distinta.

Bert Hellinger: ¡Pero Vera, si no te dan la verdad en una película! No debes partir de la base de que tu cliente haya experimentado lo mismo que las niñas de esa película.

Vera: Eso también lo sé. Me pregunto, sin embargo, si es bueno ponerse en el lado de los enterados, de los que saben que fue un placer.

Bert Hellinger: La niña puede admitir que también fue un placer, si realmente fue así, y en este caso el terapeuta puede comunicarle que sigue siendo inocente, incluso si aquello tuvo algo fascinante. Mira atentamente a la niña – y escúchala. Así lo sabrás. No decidas sobre tu cliente basándote en lo que viste en una película o lo que leíste en un libro. ¡Si está totalmente claro que la culpa está con el adulto!

El vínculo a través del incesto

Más tarde, Bert Hellinger explica extensamente que la primera consumación íntima del acto sexual establece una relación especialmente intensa, es decir, que a través de esta experiencia sexual se crea un vínculo de la chica al autor. Más tarde, ella no puede tener ninguna pareja nueva sin reconocer a la primera. A raíz de la persecución y del desprecio, muchas veces no encuentra otra pareja nueva. En cambio, reconociendo este primer vínculo, esta primera experiencia, tiene la posibilidad de integrarlos en una relación nueva, donde quedan guardados. Tal como se propaga ahora, es decir, que la experiencia tan sólo es nociva y tendrá consecuencias pésimas, va en contra de la solución y únicamente perjudica a las víctimas.

El lugar del terapeuta

Desde el punto de vista sistémico, el o la terapeuta siempre procura aliarse con aquél que aparece como el malo de la película. En ese momento, al estar trabajando el asunto, tienen que darle al autor un lugar en su corazón. El mayor peligro es que el terapeuta participe en la campaña contra el padre, por ser éste «tan depravado». También me pregunto: ¿de dónde proviene tal pasión, y por qué no es posible mirar las cosas tranquilamente? Tan sólo esa pasión ya hace sospechar. Aquí hay algo que no encaja, si no, no sería tan fuerte. Hay algo que se supervalora. Los terapeutas que se alían con las víctimas excluyen al autor del sistema, contribuyendo, de esta manera, a empeorar la situación. Esta es la consecuencia, y llega muy lejos.

Contaré un ejemplo:

En un grupo de terapeutas, una psiquiatra, toda indignada, contó que tenía una cliente que había sido violada por su propio padre. Estaba realmente furiosa y consideraba al padre un sinvergüenza y un cerdo. Entonces le pedí que hiciera la constelación de ella misma con el sistema, y que ocupara su lugar como terapeuta en el sistema. Se puso al lado de la cliente, y todo el sistema se enojó con la terapeuta y no se fiaba más de ella. Después la puse al lado del padre, y todos se calmaron y tuvieron confianza.

Autores y víctimas están implicados, no se sabe cómo. En cuanto queda clara la implicación, se comprende todo. Entonces se abren posibilidades totalmente diferentes para tratar el asunto. Si trabajo con el autor, por ejemplo con un padre, naturalmente lo enfrento con su culpa, no cabe duda. Las víctimas, sin embargo, frecuentemente parten de la suposición errónea de que para ellas cambia algo si cargan con la culpa, o si aquél que aparece como malo es castigado. Sin embargo, una vez haya salido de la situación concreta, la víctima misma tiene la posibilidad de actuar en cualquier momento, independientemente de si al otro se le piden cuentas o no. Sin embargo, tiene que renunciar a la venganza.

9. PADRES E HIJOS COMO COMUNIDAD CON UN DESTINO COMÚN

Juntos, padres e hijos forman una comunidad con un destino común, en la cual cada uno depende del otro de muchas maneras y, según sus posibilidades, tiene que contribuir al bien de la comunidad, teniendo también sus obligaciones. Aquí cada uno da y cada uno toma. Por lo tanto, los hijos también tienen que dar en la familia, según la necesidad que se presente. Los padres también pueden exigir que los hijos den, y los hijos, por su propia iniciativa, pueden dar.

LA POSADA

Alguien pasea por las calles de su ciudad. Todo le parece familiar aquí, y una sensación de seguridad lo acompaña, y también de leve tristeza. Porque muchas cosas mantuvieron su secreto ante él, y una y otra vez se encontró con puertas cerradas. A veces hubiera querido dejarlo todo y marcharse, lejos de aquí. Pero algo lo sujetaba, como si estuviera luchando contra un desconocido y no pudiera separarse de él antes de conseguir su bendición. Y así se siente prisionero entre ir hacia adelante e ir hacia atrás, entre marcharse o permanecer.

El hombre llega a un parque y se sienta en un banco. Se apoya contra el respaldo, respira profundamente y cierra los ojos. Deja estar la larga lucha, se fía de su fuerza interior, siente que se va calmando y entregando, como una caña al aire, en armonía con la variedad, el vasto espacio, el largo tiempo.

Se ve a sí mismo como una casa abierta. Quien quiera entrar, puede venir; y todo el que llega, trae algo, se queda un rato y luego se va. De esta manera, en esta casa hay un continuo venir, traer, permanecer y partir.

El que llega nuevo y trae algo nuevo, envejece mientras permanece, y finalmente vendrá el tiempo de su partida. También llegan muchos desconocidos a su casa, que durante mucho tiempo estaban olvidados o excluidos, y también ellos traen algo, se quedan un rato y luego se van. Y también llegan los gamberros, a quienes preferiría prohibirles la entrada, y también ellos aportan algo, encuentran su lugar, se quedan un rato y vuelven a partir. Quienquiera que venga, siempre encuentra a otros que llegaron antes que él o que vienen después de él. Y como son muchos, cada uno tiene que compartir. Todo el que tiene su lugar, también tiene su límite. Todo el que quiera algo, también tiene que acomodarse. Todo el que haya venido, puede desarrollarse mientras permanezca. Él llegó porque otros se fueron, y se irá cuando otros vengan. Así, en esta casa hay tiempo y espacio suficientes para todos.

Estando así sentado, se siente a gusto en su casa, sabiéndose unido a todos los que vinieron y vienen, aportaron y aportan, permanecieron y permanecen, partieron y parten. Aquello que antes estaba inacabado, ahora le parece completo; percibe que una lucha se termina y que se hace posible la despedida. Aún espera el momento justo. Después, abre los ojos, echa una última mirada a su alrededor, se levanta y se va.